

UNA IGLESIA CON PARÁMETROS DE
REINO

TOMO 2



**MANUAL PASTORAL CON RESPUESTAS PARA LOS
DESAFÍOS ACTUALES DE LA IGLESIA**

OSVALDO REBOLLEDAA

UNA IGLESIA CON PARÁMETROS DE REINO

TOMO 2



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo uno:	
Parámetros del ingreso al Reino	12
Capítulo dos:	
Parámetros para bautizar hermanos	28
Capítulo tres:	
Parámetros para la alabanza y la adoración	46
Capítulo cuatro:	
Parámetros de ministración pastoral	58
Capítulo cinco:	
Parámetros de Reino para las finanzas	74
Capítulo seis:	
Parámetros de Reino para la Santa cena	87

Capítulo siete:

Parámetros para la presentación de niños.....102

Capítulo ocho:

Parámetros de presentación personal.....118

Del diseño a la práctica.....134

Reconocimientos.....139

Sobre el autor.....141



INTRODUCCIÓN

“Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad”

Daniel 12:3

La Iglesia de Jesucristo no es una invención humana ni una organización que se adapta según las modas culturales de cada época. Nace en el corazón eterno de Dios, es edificada por Cristo y sostenida por la obra continua del Espíritu Santo.

Por esta razón, cuando la Iglesia pierde sus parámetros de Reino y comienza a regirse por criterios meramente pragmáticos, emocionales o socioculturales, no solo se debilita su testimonio, sino que también se distorsiona su misión. Este segundo manual al igual que los demás, surge precisamente como una respuesta apostólica, teológica y espiritual a esa tensión constante entre el diseño divino y las presiones del tiempo presente.

Como doctor y maestro de la Palabra enseño al Cuerpo de Cristo, pero como apóstol debo velar por los pastores que caminan bajo mi cobertura. Para cumplir correctamente con esa responsabilidad, procuro dar respuesta a cada situación particular que pueda presentarse en la obra. Mi tarea no es controlar a mis amados consiervos, sino supervisar,

dirigir, aconsejar y proveer lineamientos claros para una labor ministerial efectiva.

Dichos lineamientos deben ser apostólicos y proféticos, fundamentados en la máxima expresión del Reino y conservando, en todo momento, la dinámica del Nuevo Pacto. Esta tarea tiene un alto impacto en el avance ministerial y, por lógica, en la salud de las congregaciones. En la búsqueda de servir con excelencia a mis amados pastores y a sus equipos de trabajo, nació esta serie de manuales, concebidos para ofrecer respuestas claras frente a los desafíos actuales de la Iglesia.

Vivimos días de profundos cambios culturales, aceleración tecnológica, confusión moral y relativización de la verdad. En este contexto, muchos ministros enfrentan desafíos para los cuales no siempre han sido preparados adecuadamente. Las preguntas ya no son únicamente doctrinales, sino también prácticas, éticas y pastorales.

Estos manuales contienen respuestas doctrinales, así como formas correctas de trabajo y de expresión ministerial. En ellos detallo la importancia de la preparación personal, ministerial, matrimonial y familiar. Abordo los cuidados necesarios para una enseñanza sana, una liturgia equilibrada, un discipulado efectivo y un gobierno pastoral libre de manipulación. Asimismo, enseño acerca de responsabilidades, derechos y deberes, y desarrollo cómo es posible mantener la santidad sin legalismo y la legalidad del Reino sin concesiones.

Fundamento bíblicamente lo que considero un desarrollo saludable de las actividades ministeriales bajo parámetros de Reino, sin religiosidad. Advierto sobre la necesidad de evaluar el avance de la obra contemplando cada situación a la luz de la gracia, sin diluir la verdad. Frente al escenario actual, la Iglesia no puede darse el lujo de improvisar; necesita fundamentos claros, criterios bíblicos firmes y una misma línea espiritual que honre el Reino de Dios.

Este segundo manual está dirigido a pastores y matrimonios pastorales que caminan bajo mi cobertura apostólica. Sugiero que otros pastores que tengan acceso a este material consulten previamente con sus autoridades espirituales. Entiendo que la forma de trabajo que personalmente considero correcta puede ser percibida de manera diferente por algunos amados consiervos. Respeto esa diversidad y aclaro, con temor reverente, que bajo ningún punto de vista pretendo generar controversias entre mis colegas.

Concibo la cobertura espiritual no como un sistema de control, sino como un diseño de paternidad espiritual, alineamiento doctrinal y cuidado ministerial. Así como en la Escritura vemos que los obreros no ministraban de manera aislada, sino en comunión, sujeción y mutua edificación, creo firmemente que una Iglesia saludable necesita parámetros compartidos que preserven la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. El apóstol Pablo exhorta a que todos hablemos una misma cosa, que no haya divisiones entre

nosotros y que estemos perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer (**1 Corintios 1:10**).

Comprendo que esta visión puede parecer una utopía si observamos a la Iglesia de manera global. Sin embargo, quienes trabajamos en unidad espiritual y reconocemos autoridades asignadas tenemos la responsabilidad de unificar criterios y avanzar gestionando la fe bajo lineamientos apostólicos comunes.

Hablar de parámetros de Reino o de lineamientos apostólicos no implica una uniformidad rígida ni la anulación de la diversidad ministerial, sino una búsqueda fiel de los diseños divinos. El Reino de Dios posee principios inmutables, aunque se manifieste en contextos diversos. Jesús mismo enseñó que el Reino es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (**Romanos 14:17**), y que debemos buscarlo por sobre todas las cosas (**Mateo 6:33**). Sin duda, esto establece el marco espiritual desde el cual deben ordenarse todas las prácticas de la Iglesia. Cuando dichos parámetros se pierden, la Iglesia corre el riesgo de reaccionar según la presión social o las demandas emocionales, en lugar de responder con discernimiento espiritual y sabiduría bíblica.

A lo largo de este nuevo manual se abordarán temas sensibles, complejos y, en muchos casos, controversiales. No se hará desde una postura defensiva ni desde la condenación, sino desde mi responsabilidad apostólica de ministrar a los pastores, quienes a su vez deben ejercer con fidelidad la digna tarea de cuidar el rebaño del Señor. Todos deseamos

servir al Rey con excelencia y, por tal motivo, asumimos este desafío con dedicación y cuidado.

Las Escrituras nos recuerdan que los pastores deben velar por las almas como quienes han de dar cuenta (**Hebreos 13:17**). Esta conciencia imprime un santo temor en el ejercicio ministerial y nos obliga a revisar no solo lo que hacemos, sino también por qué y cómo lo hacemos. Cada práctica pastoral debe ser evaluada a la luz de la Palabra, la naturaleza del Reino y el carácter de Cristo.

Comprender los parámetros de salvación o de entrada al Reino, bautismos, santa cena, la presentación de niños, así como encontrar lineamientos para una adoración efectiva, una enseñanza financiera sólida, o incluso como cuidar nuestros aspectos físicos o de vestimentas, pueden ser temas que merecen una respuesta sólida y bajo una clara mentalidad de Reino. Cuando estos temas se administran sin enseñanza, sin discernimiento o sin orden, pierden su poder formativo y pueden convertirse en meras formalidades o, peor aún, en espacios de ignorancia espiritual.

Asimismo, la Iglesia enfrenta hoy algunas problemáticas humanas muy complejas que deben ser tratadas. El silencio pastoral frente a estos temas no es neutralidad, sino omisión. Sin embargo, la intervención de la Iglesia debe ser sabia, bíblica y responsable, evitando tanto la intromisión indebida como la indiferencia. La Escritura enseña que hay tiempo de sanar, tiempo de corregir y tiempo de acompañar, y que el siervo del Señor no debe ser

contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar y sufrido (**2 Timoteo 2:24**).

Este segundo manual no pretende reemplazar la guía del Espíritu Santo ni suplantar la relación personal de cada pastor con Dios. Por el contrario, busca servir como una herramienta de alineamiento, reflexión y formación que ayude a establecer criterios comunes sin apagar la sensibilidad espiritual. El Espíritu y la Palabra nunca se contradicen: allí donde la Palabra establece límites, el Espíritu trae vida; y donde el Espíritu se mueve con poder, siempre honra la verdad revelada.

La autoridad pastoral, cuando es sana, no se impone: se reconoce. No manipula, sino que sirve; no controla, sino que edifica. Jesús enseñó que el mayor en el Reino es el que sirve, y que los líderes no deben enseñorearse del rebaño, sino ser ejemplos. Desde esta perspectiva, el liderazgo que promuevo en este manual es un liderazgo con autoridad espiritual, con unción genuina y con un profundo respeto por la dignidad de las personas.

Finalmente, este segundo manual es también una exhortación: un llamado a volver a los fundamentos, a conservar una misma línea de enseñanza, a honrar la cobertura espiritual atendiendo diligentemente su consejo y a edificar congregaciones que reflejen el carácter del Reino en medio de un mundo confundido. No se trata de conservar tradiciones vacías, sino de preservar la verdad viva del Evangelio. Como escribió el apóstol Pablo, nadie puede

poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Sobre ese fundamento edificamos con temor, con amor y con fidelidad.

Que las páginas de cada uno de estos manuales sean leídas con espíritu humilde, corazón enseñable y disposición al ajuste. Que no sean solo un compendio de respuestas, sino instrumentos para formar ministros firmes, sensibles al Espíritu y comprometidos con el Reino. Y que, en todo acto de servicio, Cristo sea glorificado por Su Iglesia, ahora y hasta el día de Su venida.



Osvaldo Rebolledo



Capítulo uno

PARÁMETROS DE INGRESO AL REINO

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se glorie.”

Efesios 2:8-9

La manera en que una iglesia entiende y comunica la salvación determina profundamente el tipo de discípulos que formará, el espíritu que gobernará sus liturgias y la conciencia espiritual con la que los creyentes caminarán delante de Dios. No es un tema introductorio ni periférico, sino el fundamento invisible sobre el cual se edifica todo lo demás, es por eso que voy a comenzar este manual tocando esta doctrina, pero es necesario para el desarrollo de la conciencia de los santos y de toda actividad.

Allí donde la salvación es reducida a una decisión humana, el Reino termina degradándose a una experiencia religiosa sostenida por el esfuerzo, el mérito y el voluntarismo. Allí donde la salvación es comprendida como

una obra soberana de la gracia, la vida cristiana florece desde la dependencia, la gratitud y la obediencia nacida del Espíritu.

Durante décadas, gran parte de la Iglesia ha repetido una fórmula aparentemente sencilla: “acepta a Jesús como tu Señor y Salvador”. Aunque dicha expresión busca facilitar el acceso al evangelio, encierra una problemática teológica profunda. Presenta la salvación como una iniciativa primaria del ser humano y coloca en el hombre una capacidad que la Escritura nunca le atribuye en su condición caída. El resultado es una generación de creyentes que, aun sin decirlo explícitamente, vive con la sensación de haber colaborado en su propia redención.

La Escritura describe al ser humano no como un buscador espiritual neutral, sino como alguien **“muerto en delitos y pecados”** (**Efesios 2:1**). Un muerto no responde a estímulos, no toma decisiones, no elige. Pablo no dice que está enfermo, confundido o debilitado, sino muerto. Esta afirmación no es metafórica ni exagerada; define con precisión el estado espiritual del hombre caído. Desde esa condición, no existe la capacidad de elegir a Dios, porque no hay vida espiritual para responder a Él.

Jesús mismo fue categórico cuando declaró que **“nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no le trajere”** (**Juan 6:44**). No dijo que es difícil, ni que requiere esfuerzo, sino que es imposible sin una acción previa del Padre. Esta afirmación destruye cualquier noción de libre albedrío

absoluto en relación con la salvación. El ser humano puede tomar decisiones dentro del marco de su esclavitud, pero no puede liberarse a sí mismo ni desear genuinamente aquello que su naturaleza rechaza.

La analogía del preso es profundamente esclarecedora. Un prisionero puede decidir si se acuesta o camina por el patio, pero no puede decidir salir en libertad. Su voluntad existe, pero está limitada por su condición. De la misma manera, el ser humano caído posee voluntad, pero esa voluntad está cautiva del pecado. Jesús lo expresó sin rodeos: ***“todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado” (Juan 8:34)***. La esclavitud anula la libertad real, aunque conserve la ilusión de elección.

Por eso Pablo afirma que ***“no hay quien busque a Dios, no hay ni siquiera uno” (Romanos 3:11)***. Esta declaración no deja espacio para excepciones ni matices. Si alguien llega a Dios, no es porque lo buscó con más sinceridad que otros, sino porque fue buscado, hallado y vivificado. La gracia no responde a una iniciativa humana; irrumpió soberanamente en medio de la muerte espiritual.

La salvación, entonces, no comienza cuando el hombre acepta a Cristo, sino cuando Dios regenera al hombre. Jesús lo explicó claramente a Nicodemo: ***“el que no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios” (Juan 3:3)***. Antes de ver, hay que nacer. Antes de responder, hay que recibir vida. Antes de creer, hay que ser alumbrado. La fe no es la causa

de la regeneración; es su fruto inevitable. Nadie puede elegir nacer, sino que la vida es otorgada.

Este nuevo nacimiento no es un acto psicológico ni una decisión moral; es una obra sobrenatural del Espíritu Santo. Pedro afirma que hemos sido “*renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre*” (1 Pedro 1:23). Santiago añade que Dios “*nos hizo nacer por la palabra de verdad*” (Santiago 1:18). En ambos casos, el sujeto de la acción es Dios, no el hombre.

Cuando se enseña que la salvación depende de una oración, de un acto de fe autónomo o de una decisión voluntaria, se genera una conciencia peligrosa: la idea de que el ser humano aportó algo decisivo a su redención. Esto, aunque sea de manera sutil, introduce mérito. Y donde hay mérito, la gracia deja de ser gracia. Pablo lo dejó establecido con absoluta claridad:

“*si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia*”

Romanos 11:6

La llamada “oración del penitente” no salva por sí misma. Las palabras pronunciadas por una boca no tienen poder redentor si no hay una obra previa de justicia en el corazón. Y la justicia no es un estado humano alcanzable; la justicia es una Persona. “*Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y*

redención” (1 Corintios 1:30). Confesamos porque fuimos justificados; no somos justificados porque confesamos.

La Escritura enseña que es el Espíritu Santo quien convence de pecado, de justicia y de juicio (**Juan 16:8**). Si alguien fue convencido, fue por gracia. Si alguien escuchó el evangelio, fue por gracia. Si alguien fue sensibilizado, despertado, quebrantado, fue por gracia. Aun la fe con la que creemos no nace de nosotros: “**porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios**” (**Efesios 2:8**).

Comprender esto cambia radicalmente la manera en que pastoreamos, discipulamos y construimos iglesia. Una comunidad que cree que la salvación depende de la decisión humana inevitablemente presionará decisiones, fabricará respuestas emocionales y medirá resultados por números visibles. En cambio, una iglesia que cree en la regeneración soberana descansará en la obra del Espíritu, proclamará el evangelio con fidelidad y formará discípulos desde la gratitud y no desde la culpa.

El Nuevo Pacto no es un acuerdo entre Dios y el hombre. Es un pacto eterno entre el Padre y el Hijo, en el cual somos incluidos por gracia al ser incorporados a Cristo. Jesús es el Mediador del Nuevo Pacto, no nosotros. Nosotros no prometimos nada; Él lo cumplió todo. “**Este es el nuevo pacto en mi sangre**” (**Lucas 22:20**), no en nuestra fidelidad, ni en nuestra decisión, ni en nuestro compromiso.

Al ser regenerados, somos puestos “en Cristo”. Esta expresión no es poética; es una realidad espiritual objetiva. En Él somos justificados, santificados, glorificados, aceptos, herederos, reyes y sacerdotes. No lo somos en nosotros mismos, sino en Él. Nuestra salvación no se sostiene por nuestra constancia, sino por Su vida en nosotros. Somos salvos porque Él vive, porque Él reina, porque Él permanece fiel.

Aquí comienza a desmoronarse toda forma de religión basada en el esfuerzo humano. Si todo es en Él, entonces nada puede ser fuera de Él. Si todo es por gracia, entonces nada puede ser por mérito. Y si la vida cristiana comienza por gracia, solo puede continuar por gracia. Cualquier intento de vivir el Reino desde el voluntarismo humano terminará agotando a las personas y produciendo apariencia sin vida.

Esta comprensión no anula la responsabilidad, la obediencia ni la entrega; las redefine. Ya no obedecemos para ser aceptados, sino porque fuimos aceptados. Ya no servimos para ganar favor, sino porque vivimos en el favor. Ya no nos consagramos para merecer algo, sino porque hemos recibido todo. El nuevo hombre no actúa desde la carencia, sino desde la plenitud que hay en Cristo.

La vida cristiana auténtica es la manifestación del poder de la resurrección operando en vasos humanos. Es muerte para vida. Es dependencia absoluta. Es Cristo viviendo Su vida en nosotros por el Espíritu. Todo lo demás, aunque tenga lenguaje cristiano, es solo religión.

Cuando la Iglesia comprende que la salvación es una obra soberana de Dios y no el resultado de una elección humana autónoma, inevitablemente debe revisar la manera en que recibe a las personas, las acompaña en sus primeros pasos de fe y las integra al discipulado. No se trata simplemente de ajustar el lenguaje, sino de permitir que la gracia gobierne los procesos, las expectativas y las prácticas pastorales. La forma en que concebimos el inicio de la vida cristiana define el tono espiritual de todo el camino posterior.

La predestinación, lejos de ser una doctrina fría o polémica, es una de las expresiones más profundas del amor de Dios. Pablo escribe que ***Dios “nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo”*** (**Efesios 1:4 y 5**). La elección no es posterior a la fe; la fe es el resultado de haber sido escogidos. No creímos para ser hijos; creímos porque fuimos hechos hijos.

Esta verdad libera al pastor de una presión indebida: la de producir conversiones. Nadie puede regenerar a otro ser humano. Ninguna predica, por elocuente que sea, puede impartir vida espiritual si el Espíritu no obra soberanamente. Pablo lo entendía con claridad cuando afirmó: ***“yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios”*** (**1 Corintios 3:6**). Nuestra responsabilidad es anunciar fielmente el evangelio; la regeneración pertenece exclusivamente a Dios.

Cuando la Iglesia asume esta verdad, deja de manipular emociones, de forzar decisiones o de apresurar procesos. Comprende que el llamado externo del evangelio necesita ser acompañado por el llamado interno del Espíritu. Jesús enseñó que muchos son llamados, pero pocos escogidos (**Mateo 22:14**), estableciendo una distinción clara entre la proclamación universal y la elección soberana.

Esto tiene implicancias directas en la recepción de personas en la comunidad. Recibir no es confirmar salvación. Acompañar no es declarar regeneración. Integrar no es garantizar conversión. La Iglesia abre sus puertas, ama, sirve, predica y camina con las personas, pero reconoce que solo Dios conoce los corazones y solo Él da vida. Esta comprensión evita juicios apresurados y también falsas seguridades.

Una de las mayores tragedias pastorales es afirmar salvación donde aún no ha habido regeneración. Cuando se le dice a una persona que es salva simplemente porque repitió una oración, se le otorga una seguridad que no necesariamente descansa en Cristo, sino en una experiencia sensorial. Con el tiempo, cuando la vida no evidencia transformación, esa persona vive en confusión o en culpa, creyendo que el problema es que “no se esfuerza lo suficiente”.

Jesús nunca aseguró salvación por una oración, sino por una obra interior evidente. “**“Por sus frutos los conoceréis”** (**Mateo 7:16**). La regeneración produce fruto,

no perfección, pero sí una nueva dirección, nuevos afectos y una nueva relación con el pecado. Donde hay vida, hay crecimiento. Donde hay Espíritu, hay transformación. No como resultado del esfuerzo humano, sino como expresión de una naturaleza nueva.

Pablo describe esta realidad cuando afirma: “*de modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*” (2 Corintios 5:17). No dice que debería ser nueva criatura, ni que lo será con el tiempo, sino que lo es. La regeneración no es un proceso gradual; es un acto soberano que inicia un proceso progresivo de santificación y madurez.

Comprender esto transforma también el discipulado. Si creemos que las personas llegan al Reino por decisión propia, el discipulado se convertirá en un sistema de exigencias para sostener esa decisión. Pero si creemos que llegaron por regeneración, el discipulado se convierte en acompañar una vida que ya está operando desde adentro. No se trata de empujar desde afuera, sino de nutrir lo que Dios ya sembró.

Aquí se revela una verdad central del Nuevo Pacto: todo lo que Dios demanda, Él mismo lo provee. Pablo lo expresó con claridad al decir que Dios “*es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad*” (Filipenses 2:13). El nuevo hombre no obedece para agradar a Dios; obedece porque Dios ya está obrando en él. La obediencia es fruto, no moneda de cambio.

Esta perspectiva redefine la autoridad pastoral. El pastor no es un controlador de conductas, sino un colaborador de la gracia. No gobierna por imposición, sino por revelación. No produce vida, sino que la cuida. No fabrica discípulos, sino que forma a aquellos que el Espíritu ya vivificó. Esto produce comunidades más sanas, menos dependientes del líder y más sensibles a la obra del Espíritu.

También redefine la liturgia. Cuando la salvación se entiende como regeneración soberana, los cultos dejan de ser escenarios para provocar decisiones humanas y se convierten en espacios donde la Palabra y el Espíritu operan con libertad. La adoración deja de ser una antesala emocional para “pasar al altar” y se convierte en respuesta de altares que funcionan desde los corazones redimidos.

La predicación, en este marco, recupera su centralidad bíblica. Ya no es un discurso motivacional para inducir cambios conductuales, sino una proclamación fiel del evangelio que Dios utiliza para llamar eficazmente a Sus escogidos. Pablo declara que el evangelio es “**poder de Dios para salvación**” (**Romanos 1:16**), no poder del predicador ni de la elocuencia humana.

Cuando la Iglesia enseña correctamente la gracia, desaparece la mentalidad de pacto humano con Dios. El creyente deja de pensar que “hizo un trato” con el Señor y comienza a vivir desde la conciencia de haber sido incluido en un pacto eterno que no depende de su desempeño. El

Nuevo Pacto descansa sobre la fidelidad del Hijo, no sobre la constancia del discípulo.

Esto no produce pasividad, sino descanso. Y del descanso nace una obediencia más profunda, sincera y sostenida. El creyente ya no sirve por miedo a perder, sino por gratitud por haber recibido. Ya no ora para ser aceptado, sino porque vive en comunión. Ya no se consagra para ganar posición, sino porque ya fue posicionado en Cristo en lugares celestiales (**Efesios 2:6**).

Esta comprensión es esencial para los pastores que trabajan bajo mi cobertura apostólica. Si la base no es la gracia soberana, la estructura terminará sosteniéndose en el control, la exigencia y la comparación. Pero si la base es Cristo y Su obra consumada, el liderazgo se vuelve más ligero, más bíblico y más alineado con el corazón del Padre.

La Iglesia que descansa en la elección soberana no se vuelve indiferente a la misión; al contrario, se vuelve más fiel. Predica con urgencia, ama sin condiciones y sirve sin manipulación. Sabe que Dios tiene un pueblo, y que Su Palabra no volverá vacía. Esa seguridad no apaga el fuego; lo purifica.

Una de las mayores tensiones que suele surgir cuando se enseña con claridad la salvación por gracia soberana es el temor de que esta verdad debilite el compromiso, la responsabilidad o la santidad. Sin embargo, la Escritura revela exactamente lo contrario. La verdadera gracia no

relaja la vida cristiana; la establece sobre un fundamento incombustible. El problema nunca fue la gracia, sino su desconocimiento o su distorsión. Pablo anticipó esta objeción cuando preguntó: “*¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?*” y respondió con firmeza: “*¡En ninguna manera!*” (**Romanos 6:1 y 2**).

La gracia no solo nos salva del castigo del pecado, sino también del dominio del pecado. No nos deja donde estábamos; nos traslada a una nueva realidad. “*Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia*” (**Romanos 6:14**). La gracia no es permiso para vivir sin transformación; es el poder que produce transformación real. Donde la gracia reina, el pecado pierde autoridad.

Aquí se manifiesta una verdad esencial del Nuevo Pacto: la vida cristiana no es Cristo ayudándonos a ser mejores personas, sino Cristo viviendo Su vida en nosotros. Pablo lo expresó de manera definitiva cuando dijo: “*con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*” (**Gálatas 2:20**). Esta no es una metáfora devocional, sino una realidad espiritual objetiva. El viejo hombre fue crucificado; el nuevo hombre vive por la vida del Hijo.

Esta comprensión destruye la falsa dicotomía entre gracia y responsabilidad. La responsabilidad del creyente no nace del esfuerzo humano independiente, sino de la vida de Cristo operando internamente. Obedecemos porque tenemos

una nueva naturaleza, no para obtenerla. Amamos porque fuimos amados, no para ser aceptados. Servimos porque Su vida se expresa a través de nosotros, no para ganar aprobación.

Por eso Jesús pudo decir: “*separados de mí nada podéis hacer*” (**Juan 15:5**). No dijo que podemos hacer poco, ni que podemos hacer menos; dijo nada. Esto incluye incluso las obras que intentamos hacer “para Dios”. Toda obra que no nace de la vida de Cristo en nosotros, aun si tiene apariencia espiritual, carece de valor eterno. Solo lo que procede de Él tiene peso de Reino.

Esta verdad debe formar la conciencia de los pastores y líderes. Si no se comprende que toda la vida cristiana fluye de la gracia, se termina exigiendo a las personas lo que solo el Espíritu puede producir. Esto genera frustración, agotamiento espiritual y comunidades llenas de culpa. Pero cuando se entiende que Dios “*hace en nosotros lo que es agradable delante de Él por medio de Jesucristo*” (**Hebreos 13:21**), el liderazgo se alinea con la obra divina en lugar de competir con ella.

La recepción de personas en la iglesia, desde esta perspectiva, se convierte en un acto profundamente pastoral y discernido. No se trata de contar conversiones, sino de acompañar procesos. No se trata de validar decisiones, sino de observar la obra del Espíritu. La Iglesia recibe con amor, enseña con fidelidad y espera con paciencia, sabiendo que la vida espiritual verdadera no se fabrica ni se acelera.

El discipulado, entonces, deja de ser un sistema de control y se convierte en un camino de formación en Cristo. Se enseña a los creyentes a vivir desde su identidad y no desde la culpa. Se los guía a comprender quiénes son en Él, qué recibieron por gracia y cómo caminar conforme a esa realidad. Pablo no discipulaba recordando constantemente lo que faltaba, sino afirmando lo que ya había sido dado:

“porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en Él”

Colosenses 2:9 y 10

Esta conciencia produce dependencia verdadera. El creyente deja de confiar en su fuerza, su disciplina o su constancia, y aprende a descansar en la fidelidad de Cristo. La oración deja de ser un intento de convencer a Dios y se convierte en comunión. La obediencia deja de ser una carga y se vuelve expresión de vida. La santidad deja de ser una meta inalcanzable y se convierte en el fruto natural de una vida unida a Cristo.

Para los pastores que trabajan bajo cobertura apostólica, esta base doctrinal es innegociable. Todo sistema de trabajo, toda liturgia, toda práctica pastoral y todo modelo de discipulado debe fluir desde esta comprensión. Si el inicio fue por gracia, el desarrollo debe ser por gracia y la madurez también debe ser por gracia. Cualquier intento de avanzar desde otro fundamento producirá estructuras que funcionan, pero no vidas transformadas.

La Iglesia que vive desde la gracia no es una iglesia pasiva, sino profundamente activa; pero su actividad nace del descanso, no de la ansiedad. No compite, no se compara, no manipula. Predica el evangelio con claridad, confía en la obra soberana de Dios y forma discípulos con paciencia y verdad. Sabe que el Reino no se construye con métodos humanos, sino con vida divina.

Todo lo que somos, lo somos en Él. Todo lo que tenemos, lo recibimos en Él. Todo lo que hacemos con valor eterno, lo hacemos porque Él vive en nosotros. No hay mérito, no hay gloria compartida, no hay espacio para el orgullo espiritual.

“Porque de Él, y por Él, y para Él, son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos”

Romanos 11:36

Que esta conciencia gobierne la recepción de personas, la predicación del evangelio, la formación de discípulos y la vida pastoral en cada una de las iglesias. Que nunca olvidemos que fuimos encontrados, no porque buscamos; regenerados, no porque decidimos; salvados, no porque merecimos, sino porque Dios tuvo misericordia. Y que todo lo que hagamos a partir de allí sea la manifestación agradecida de una vida que ya no nos pertenece, porque fue escondida con Cristo en Dios.

“Para nosotros hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas y nosotros somos para El; y un

Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por medio del cual existimos nosotros.”

1 Corintios 8:6



Capítulo dos

PARÁMETROS PARA BAUTIZAR HERMANOS

“Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo.”

Mateo 28:19 y 20

El bautismo, a lo largo de la historia de la Iglesia, ha sido uno de los actos más practicados y, paradójicamente, uno de los más mal comprendidos. Con el paso del tiempo, aquello que nació como una señal viva, sencilla y profundamente espiritual, fue cargándose de significados ajenos a su diseño original, hasta convertirse en muchos contextos en un requisito institucional, un marcador de pertenencia o incluso, en algunos casos, en una condición implícita para la salvación. Cuando esto ocurre, el bautismo deja de servir a la gracia y comienza a competir con ella.

Para comprender correctamente el bautismo, es indispensable volver a su origen, a su intención divina y al contexto en el que fue introducido. El bautismo no surge como una orden eclesiástica ni como una práctica litúrgica organizada por la Iglesia primitiva. Surge como una irrupción profética en la historia, anunciada y practicada por Juan el Bautista, en un tiempo de transición espiritual, cuando Dios estaba cerrando una etapa y preparando otra completamente nueva.

Juan aparece en el desierto predicando un bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados (**Marcos 1:4**). Su mensaje no estaba dirigido a paganos, sino a Israel, al pueblo del pacto. No olvidemos que Juan es un personaje que pertenece al antiguo pacto, no al Nuevo, porque el Nuevo Pacto no comienza en **Mateo 1:1**, ese es el comienzo del Nuevo Testamento, pero el Nuevo Pacto comienza luego de la crucifixión y resurrección de Jesucristo.

Esto ya resulta profundamente revelador para muchos, pero eso expone claramente la falta de correcta perspectiva del evangelio. El llamado al arrepentimiento no era para que el pueblo “volviera a la ley”, sino para que reconociera que, aun teniéndola, necesitaba algo más. El bautismo de Juan no regeneraba, no justificaba y no impartía vida eterna. Preparaba el corazón para recibir al Mesías.

Juan no estaba formando una nueva comunidad religiosa ni estableciendo un sistema de membresía. No exigía cursos previos, ni tiempos de prueba, ni evaluaciones

de conducta. Llamaba al arrepentimiento limitado por la vieja naturaleza, un cambio de pensamiento, no para salvación, sino para recibir al Mesías. Juan bautizaba a quienes respondían y anunciable que venía uno mayor que él, que bautizaría con Espíritu Santo y fuego (**Mateo 3:11**). Su bautismo no era el centro; era la señal de que algo mucho más grande estaba por manifestarse.

En este contexto aparece Jesús para ser bautizado. Y aquí se produce una de las escenas más teológicamente profundas de todo el Nuevo Testamento. Juan se resiste, diciendo: *“Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?”* (**Mateo 3:14**). La respuesta de Jesús revela el corazón del acto: *“Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia”* (**Mateo 3:15**).

Jesús no se bautiza porque necesitara arrepentirse, ni porque tuviera pecados que confesar, ni porque necesitara purificación. Se bautiza para cumplir justicia. Pero no una justicia producida por un acto ritual, sino una justicia asumida en representación. En su bautismo, Jesús se identifica plenamente con la humanidad caída. Desciende a las aguas no como un pecador que busca limpieza, sino como el Justo que toma nuestro lugar.

Por esto, desde la revelación del Nuevo Pacto que vivimos en Cristo, nosotros no solo estuvimos en la cruz y en la tumba, también estuvimos en las aguas del Jordán. Cuando el Señor nos mete en la Persona de Cristo, no solo es para

avanzar hacia una vida victoriosa, sino también para ser parte de un pasado que le da sustancia a nuestra realidad presente.

Este acto es profundamente coherente con toda la obra redentora. Así como en la cruz Él cargó con nuestros pecados, en el bautismo Él se alineó con nuestra condición. Y así como su obediencia perfecta nos es imputada como justicia (**Romanos 5:19**), su identificación con nosotros se convierte en la base de nuestra identificación con Él. El bautismo de Jesús no inaugura una obligación ritual; revela una realidad espiritual: todo lo que somos delante de Dios, lo somos en Él.

Cuando el Padre declara desde el cielo: “***Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia***” (**Mateo 3:17**), no lo hace después de que Jesús haya realizado milagros, predicado multitudes o muerto en la cruz. Lo declara al inicio de su ministerio, afirmando que la aprobación precede a la obra. Esta es una verdad que la Iglesia necesita recuperar: la aceptación no es el resultado de lo que hacemos; es el punto de partida de lo que vivimos.

Desde esta perspectiva, el bautismo cristiano jamás puede ser entendido como un medio para obtener algo de Dios. No produce salvación, no imparte justicia, no habilita filiación. Todo eso es recibido en Cristo por medio de la regeneración, obra soberana del Espíritu Santo (**Tito 3:5**). El bautismo no crea una realidad espiritual; la expresa. Cristo es nuestra vida, nuestra justicia, nuestra salvación y no hay ritual alguno que pueda contribuir a eso.

Jesús, sin embargo, ordena bautizar. En la gran comisión, Él instruye a sus discípulos a hacer discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (**Mateo 28:19**). Esto nos muestra que el bautismo tiene un lugar claro en la vida de la Iglesia, pero ese lugar debe ser entendido correctamente. No es el inicio de la vida espiritual, sino su manifestación pública. No es la puerta de entrada al Reino, sino una señal visible de que alguien ya fue alcanzado por él.

De hecho, notemos que bautismo en griego, la palabra para “bautismo” deriva de “baptizo”, que significa literalmente “sumergir, inmergir o hundir”, por lo tanto, desde la esencia espiritual del mandato de Cristo, ordenó a sus discípulos sumergir a las personas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esto no lo verá cualquiera, pero eso es mucho más que ser sumergidos en agua, Él habló de ser sumergidos en Dios.

Ahora bien, no tengo problemas con el bautismo en aguas, pero cuando el bautismo es colocado en un lugar que no le corresponde, se produce confusión doctrinal y daño pastoral. Algunas iglesias han convertido el bautismo en una especie de certificación espiritual, otras en un requisito para pertenecer institucionalmente, y otras en un rito que, de manera implícita, se asocia con la salvación. Todo esto contradice el orden del Nuevo Pacto.

El apóstol Pedro luego de recibir el bautismo del Espíritu Santo y fuego en el Pentecostés, fue consultado

sobre como recibir esa gracia y Pedro erróneamente se apresuró a decir: **“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”** (Hechos 2:38). Esto ha generado que muchos hagan doctrina de sus palabras, pero el Señor unos capítulos después, se encarga de demostrar que Pedro estableció requisitos por su propio parecer.

La Escritura muestra con claridad que la regeneración puede preceder al bautismo y al arrepentimiento como muchos proponen. Primero, aclaro que el arrepentimiento es **“Metanoia”** que significa cambio de pensamiento, y no puede alguien no regenerado cambiar su manera de pensar si primero no recibe la vida que es la luz de los hombres (**Juan 1:4**).

La Palabra dice que antes de conocer al Señor éramos enemigos de Dios en nuestra mente (**Colosenses 1:21**). No se puede pasar de una mente enemiga a la mente de Cristo por voluntarismo humano. Eso es imposible. El cambio de pensamiento es para los hijos de Dios, que recibimos la vida, y a partir de ella podemos ver, para creer y para cambiar nuestra manera de pensar. Es la revelación la que produce en nosotros un cambio de pensamiento. No puede una persona en tinieblas cambiar su manera de pensar porque no tiene opciones para hacerlo. Quienes están en tinieblas no pueden ver la luz, a no ser por la gracia divina.

Volviendo al bautismo; vemos que en la casa de Cornelio, el Espíritu Santo desciende sobre los oyentes mientras Pedro aún predicaba, y recién después de haber recibido el Espíritu Santo, fueron bautizados en agua (**Hechos 10:44 al 48**). La vida espiritual no esperó al rito; el rito simplemente reconoció lo que Dios ya había hecho. Esto rompió los requisitos de Pedro, porque esos gentiles no se habían arrepentido y se habían bautizado en aguas, cuando ya habían sido llenos del Espíritu Santo.

El bautismo, entonces, debe ser entendido como una respuesta obediente, no como una condición espiritual. Es una expresión externa de una obra interna. Pablo enseña que en el bautismo somos sepultados con Cristo para muerte, a fin de que, así como Él resucitó, andemos en vida nueva (**Romanos 6:3 y 4**). Este texto no enseña que el agua produce la muerte al viejo hombre, sino que declara simbólica y públicamente una muerte que ya ocurrió en Cristo.

Pedro aclara cuidadosamente este punto cuando dice que el bautismo salva, *“no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios”* (**1 Pedro 3:21**). El agua no limpia el pecado; la sangre de Cristo lo hace. El bautismo afecta la conciencia, no la justificación. Ordena internamente lo que ya es verdadero espiritualmente. Los seres humanos somos muy marcados por lo que experimentamos de manera sensorial, por eso la conciencia puede ser trastocada por un acto tan conmovedor como el bautismo en aguas.

Desde una perspectiva pastoral, esto es crucial. Cuando se enseña que el bautismo salva o completa algo que la gracia no terminó, se introduce inseguridad. Pero cuando se enseña correctamente, el bautismo fortalece la fe, afirma la identidad y celebra públicamente la obra de Dios en una vida. Es un acto de testimonio, no de transacción.

La Iglesia necesita recuperar la sencillez del bautismo sin caer en negligencia. Simplificar no es banalizar; es volver a lo esencial. El problema no es cuidar a las personas, sino sustituir la obra del Espíritu por controles humanos. Cuando se imponen tiempos arbitrarios, cursos obligatorios extensos o pruebas de conducta, se termina midiendo la salvación con parámetros humanos y no con la gracia divina.

El encuentro de Felipe con el eunuco etíope es profundamente revelador. Al escuchar el evangelio, el eunuco pregunta: ***“Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?”*** (Hechos 8:36). La respuesta implícita es contundente: nada. No hubo procesos previos, ni evaluaciones, ni demoras institucionales. Hubo anuncio del evangelio, fe sencilla y obediencia inmediata.

Esto no significa que la Iglesia deba actuar sin discernimiento, sino que debe confiar más en la obra del Espíritu que en sus propios sistemas. El bautismo no fue diseñado para ser una herramienta de control, sino una celebración de gracia. Donde hay vida, debe haber libertad para expresarla. De hecho, conozco a muchas personas que vivieron algunos años aparentando su espiritualidad y luego

de bautizarse se apartaron completamente de Dios. El bautismo no garantiza la permanencia, la fidelidad o la verdad que opera en los corazones y que solo Dios conoce.

Personalmente he bautizado a muchas personas, algunas han perseverado y otras se han apartado. Algunas seguramente volverán por el trato de Dios con sus vidas y otros tal vez, nunca fueron lo que aparentaron ser. Eso no es algo que nosotros podamos evitar o controlar, Dios conoce quienes son suyos (**2 Timoteo 2:19**) y esa debe ser nuestra paz. Lo que no quisiera, es que el día que me toque estar en la presencia del Señor tenga que explicar por qué motivo no metí al agua a alguien que Él envió. Tal vez puede que haya bautizado a alguien no regenerado, pero no quisiera jamás impedir el agua a quienes el Señor no les impidió Su sangre, Su cuerpo y Su Espíritu.

Cuando el bautismo es comprendido desde la obra consumada de Cristo y no desde el esfuerzo humano, su lugar dentro de la vida de la Iglesia se ordena de manera natural. Deja de ser una frontera que separa “adentro” de “afuera” y pasa a ser una expresión visible de una realidad invisible que ya fue establecida por la gracia. En este sentido, el bautismo no inaugura la vida cristiana, sino que la confiesa públicamente.

El apóstol Pablo desarrolla esta verdad con profundidad cuando enseña que, al ser bautizados, somos identificados con la muerte y la resurrección de Cristo. **“¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo”**

Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?" (Romanos 6:3). El énfasis del texto no está en el agua, sino en Cristo. El bautismo apunta a una unión previa y real con Él. No somos unidos a Cristo por el bautismo; somos bautizados porque ya estamos en Cristo.

Esta unión es la esencia del Nuevo Pacto. Estar "en Cristo" no es una figura retórica, sino una condición espiritual objetiva. Pablo afirma que fuimos sepultados con Él en el bautismo y resucitados con Él mediante la fe en el poder de Dios (**Colosenses 2:12**). La fe no se activa por el acto, sino que se expresa a través de él. El bautismo, en este marco, es un lenguaje corporal de la fe: el cuerpo declara lo que el Espíritu ya produjo en el interior y por ende no es lo que determina la verdad eterna.

Aquí es donde el bautismo adquiere un valor profundo en relación con la conciencia. Pedro lo expresa con precisión cuando aclara que el bautismo no quita las inmundicias de la carne, sino que es la aspiración, o respuesta, de una buena conciencia hacia Dios (**1 Pedro 3:21**). La conciencia necesita alinearse con la verdad del evangelio. El bautismo no cambia la realidad espiritual, pero sí ayuda a ordenar internamente esa realidad en la mente y el corazón del creyente.

Muchos creyentes regenerados viven durante años con una conciencia debilitada, no porque no sean salvos, sino porque no han afirmado públicamente su identificación con Cristo. El bautismo, cuando es enseñado correctamente, se convierte en un acto de afirmación espiritual, una declaración

visible de pertenencia y un punto de referencia en el caminar de fe. No es un amuleto espiritual, sino una proclamación consciente: **“ya no vivo yo, Cristo vive en mí...”**

Sin embargo, cuando este acto es rodeado de exigencias humanas, su efecto se distorsiona. La Iglesia, en su intento de “cuidar” la santidad del bautismo, muchas veces termina protegiendo un sistema y no a las personas. Se establecen cursos extensos, tiempos arbitrarios, requisitos conductuales y evaluaciones subjetivas que no tienen un fundamento claro en la Escritura. El resultado es una burocracia espiritual que desalienta, confunde y, en algunos casos, produce muchas heridas.

Recuerdo mis tiempos de evangelista. Visité una congregación nacida como anexo de una filial de la institución a la que pertenecía. El pastor identificado como auxiliar por la casa central, estaba muy emocionado, porque había organizado un bautismo para el fin de semana. Para eso, estaban preparando una gran fiesta y todos los aspirantes estaban muy entusiasmados.

Unos días previos al bautismo, llegó el pastor presidente y descalificó al noventa por ciento de los hermanos anotados para bautizarse, por no tener sus vidas ordenadas. Lo que pretendía ser una fiesta de hermanos recién convertidos, se convirtió en dolor, en heridas, en una fiesta que no se realizó y en familias enteras que se apartaron de esa congregación. Indudablemente cuando los hombres se

ponen en jueces y no contemplan la gracia, lo único que producen es injusticia y dolor.

El libro de los Hechos presenta un patrón notablemente simple. Los que recibían la palabra eran bautizados (**Hechos 2:41**). Los que creían, eran bautizados (**Hechos 18:8**). En Filipos, el carcelero y toda su casa fueron bautizados “**en aquella misma hora de la noche**” (**Hechos 16:33**). No se registra ningún proceso previo prolongado ni una postergación institucional del acto por causa del testimonio o de ciertos cursos a realizar. La urgencia no nacía de la ansiedad humana, sino del gozo de una vida recién alcanzada por la gracia.

Esto no implica ausencia de enseñanza respecto del bautismo, sino claridad y sencillez. El evangelio no es complejo; es profundo. El bautismo no requiere una formación avanzada, sino una comprensión básica y sincera de lo que Cristo hizo. Exigir madurez antes del bautismo es desconocer que la madurez es fruto del camino, no requisito para iniciarla. Nadie crece antes de nacer; se crece porque se nació.

Cuando la Iglesia convierte el bautismo en una recompensa por buen comportamiento o en una certificación de madurez, introduce una lógica ajena al Reino. Se comienza a medir la gracia con parámetros humanos y se coloca al liderazgo en un lugar que no le corresponde: el de juez de la regeneración. Solo Dios conoce los corazones. La

Iglesia acompaña, enseña y disierne, pero no valida la obra de Dios mediante procedimientos humanos.

Esto no significa que el bautismo deba administrarse de manera irresponsable o automática. El discernimiento pastoral sigue siendo necesario. Pero el discernimiento no es sinónimo de control. El discernimiento observa la obra del Espíritu; el control intenta reemplazarla. El primero confía en la gracia; el segundo confía en los sistemas.

Desde una perspectiva de Reino, los requisitos bíblicos para el bautismo son sorprendentemente simples. Haber oído el evangelio, haber respondido desde una fe otorgada por la gracia, y comprender, aunque sea de manera elemental, el significado del acto por causa de la revelación de Dios. No se trata de una fe perfecta ni de una conducta intachable, sino de una fe genuina. La Escritura nunca presenta el bautismo como un premio para los maduros, sino como una expresión inicial de obediencia.

Jesús mismo vinculó la fe y el bautismo, pero nunca los confundió. ***“El que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Marcos 16:16)***. La condenación no se atribuye a la falta de bautismo, sino a la incredulidad. Esto deja en claro el orden y el peso de cada cosa. La fe es esencial; el bautismo es consecuencia de haber creído. Por eso Jesús confrontó a los religiosos que no habían creído y aceptado el bautismo de Juan.

Desde este entendimiento, los cursos y tiempos deben ser herramientas al servicio de la gracia, no obstáculos. La enseñanza previa al bautismo puede y debe existir, pero con un enfoque pastoral, breve, claro y centrado en Cristo. No como un filtro, sino como una preparación. No como una prueba, sino como un acompañamiento. Cada contexto local puede adaptar la forma, pero el espíritu debe ser el mismo: facilitar, no dificultar.

Una iglesia con parámetros de Reino no mide su salud por la cantidad de requisitos que impone, sino por la vida que acompaña. El bautismo, celebrado con gozo y libertad, se convierte en una proclamación pública del evangelio. Es una predicación sin palabras. La comunidad observa, la familia presencia, y el nombre de Cristo es exaltado no por un rito solemne, sino por una vida transformada.

El problema no es el orden, sino el legalismo. El problema no es la enseñanza, sino la desconfianza en la gracia. Cuando la Iglesia vuelve a confiar en la obra soberana del Espíritu Santo, el bautismo recupera su belleza original. Deja de ser un trámite y vuelve a ser una celebración. Deja de ser una exigencia y vuelve a ser una respuesta. Deja de ser un instrumento institucional y vuelve a ser una señal del Reino.

Cuando el bautismo es restaurado a su lugar correcto dentro de la vida de la Iglesia, deja de ser un punto de tensión y se convierte en un espacio de gracia. Ya no se lo vive con temor, ansiedad o presión institucional, sino como una

expresión gozosa de obediencia nacida de la vida nueva. En una Iglesia que camina bajo parámetros de Reino, el bautismo no compite con la cruz ni con la obra del Espíritu, sino que las honra.

La Iglesia está llamada a discernir, no a sustituir, la obra de Dios. El bautismo, por su propia naturaleza, requiere acompañamiento pastoral, pero ese acompañamiento debe fluir desde la confianza en la regeneración y no desde la sospecha permanente. Cuando se desconfía sistemáticamente de la obra del Espíritu, se multiplican los controles humanos. Cuando se confía en la gracia, se cuida sin asfixiar y se enseña sin imponer.

Una comunidad madura no es aquella que levanta más barreras, sino la que forma mejor. La enseñanza previa al bautismo, cuando existe, debe apuntar a afirmar la identidad en Cristo y a esclarecer el significado del acto, no a evaluar la validez de la conversión. El bautismo no es una meta a alcanzar después de haber demostrado fidelidad; es una de las primeras expresiones visibles de una vida que ya fue alcanzada por la fidelidad de Dios.

Desde esta perspectiva, los tiempos no deben ser normativos ni rígidos. La Escritura no establece un período estándar entre la fe y el bautismo. En algunos casos fue inmediato; en otros, acompañado de enseñanza básica. Lo determinante no fue el reloj institucional, sino la obra evidente del Espíritu. La Iglesia debe aprender a moverse con sensibilidad espiritual, no con cronogramas inflexibles.

El acompañamiento pastoral encuentra aquí su verdadero lugar. Acompañar no es retrasar, sino caminar junto. No es condicionar, sino afirmar. No es probar, sino nutrir. El pastor no es un examinador de méritos, sino un guardián de la gracia. Su tarea no es decidir quién es digno, sino cuidar que el acto se realice con verdad, claridad y amor.

En este marco, el bautismo se convierte también en una herramienta de discipulado saludable. Al ser celebrado públicamente, la comunidad entera recuerda que la vida cristiana comienza con una obra que no nos pertenece. Cada bautismo es una predicación silenciosa del evangelio: alguien murió con Cristo, alguien resucitó con Él, alguien ahora vive desde una identidad nueva. La Iglesia es edificada no por la solemnidad del rito, sino por la claridad del mensaje.

El bautismo también protege a la Iglesia de dos extremos peligrosos. Por un lado, del sacramentalismo, que atribuye al acto un poder que solo pertenece a Cristo. Por otro, del desprecio del acto, que lo reduce a una formalidad sin significado. La gracia no elimina las señales; les devuelve su sentido. El Reino no se edifica sin expresiones visibles, pero tampoco depende de ellas.

En una Iglesia con parámetros de Reino, el bautismo no es usado como puerta de membresía ni como herramienta de clasificación espiritual. La pertenencia al Cuerpo de Cristo es obra del Espíritu, no de un acto litúrgico. ***“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo”*** (1 Corintios 12:13). Esto implica que el bautismo en agua

testifica y complemente el bautismo en su triple esencia. Es decir, los tres bautismos del Nuevo Pacto son el bautismo en agua, el bautismo en el cuerpo y el bautismo en el Espíritu.

Esta comprensión libera a los creyentes de la ansiedad de “cumplir” y los introduce en la libertad de obedecer. Libera a los pastores de la carga de “garantizar resultados” y los posiciona como colaboradores de la obra de Dios. Libera a la Iglesia de estructuras innecesarias y la devuelve a la sencillez del evangelio. Donde la gracia gobierna, el orden no se pierde; se redime.

El bautismo, vivido desde esta perspectiva, se integra naturalmente con todo lo que sigue en la vida de la Iglesia. Prepara el terreno para una adoración más consciente, para una participación más libre en la comunión, para un discipulado más profundo y para una vida comunitaria menos marcada por la obligación y más por la gratitud. No es un acto aislado, sino parte de una cultura de Reino.

Por eso, es fundamental que los pastores bajo cobertura apostólica compartan esta misma visión y la comuniquen con claridad y unidad. No para imponer un formato único, sino para custodiar un espíritu común. La unidad no se logra uniformando prácticas, sino alineando convicciones. Donde hay convicción de gracia, las prácticas se ordenan solas.

Que cada bautismo celebrado en nuestras iglesias sea un recordatorio vivo de que todo comienza en Dios y todo termina en Dios. Que nunca perdamos de vista que fuimos

sumergidos en Cristo antes de ser sumergidos en agua, que morimos con Él antes de descender a las aguas, y que resucitamos con Él antes de levantarnos empapados. El agua señala; la vida es Cristo.

Que el bautismo no sea una carga ni un trámite, sino una celebración de la obra consumada. Que no sea una barrera, sino un puente. Que no sea una exigencia religiosa, sino una expresión de fe. Y que, al igual que todo en la vida del Reino, esté impregnado de gracia, sostenido por la verdad y gobernado por el Espíritu.

“Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios. Entonces respondió Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros? Y mandó bautizarles en el nombre del Señor Jesús. Entonces le rogaron que se quedase por algunos días.”

Hechos 10:46 al 48



Capítulo tres

PARÁMETROS PARA LA ALABANZA Y LA ADORACIÓN

“Con todo mi corazón alabo al Señor; que todo mi ser alabe su santo nombre. Con todo mi corazón alabo al Señor y no olvides ninguno de sus beneficios.”

Salmo 103:1-2:

La Iglesia del Nuevo Pacto está llamada a vivir centrada en la presencia de Dios y no en la estimulación de los sentidos. Cuando hablamos de alabanza y adoración, no estamos tratando un segmento litúrgico del culto ni un espacio reservado a la música, sino una dimensión espiritual que atraviesa toda la vida del creyente y define la identidad profunda de la Iglesia. Reducir la alabanza y la adoración a un momento musical es empobrecer una realidad que, bíblicamente, es mucho más amplia, profunda y transformadora.

Desde el inicio de la revelación bíblica, la adoración aparece ligada al corazón del hombre y a su relación con Dios. Antes de que existiera un templo, antes de que hubiera

instrumentos o estructuras ceremoniales, ya había adoradores. Abel adoró ofreciendo lo mejor de su corazón; Abraham adoró levantando altares en obediencia; Moisés adoró quitándose el calzado ante la santidad divina. En ninguno de estos episodios la música fue el centro, sino la rendición, la obediencia y el reconocimiento de quién es Dios. Esto nos obliga a revisar con honestidad qué lugar le hemos dado a la música dentro de la vida de la Iglesia.

La alabanza, en su sentido bíblico, es la exaltación consciente y constante de Dios por quien Él es, independientemente de las circunstancias. No es una reacción emocional ni un estímulo externo, sino una convicción interna. El salmista declara que bendecirá al Señor en todo tiempo y que su alabanza estará de continuo en su boca. Esta continuidad no puede limitarse a un repertorio de canciones ni a un espacio dominical; es una actitud espiritual que se expresa en palabras, decisiones, conductas y prioridades.

La adoración, por su parte, es aún más profunda. Implica postración interior, entrega total, rendición del yo delante de Dios. Jesús lo dejó claramente establecido cuando habló con la mujer samaritana y afirmó que el Padre busca adoradores que lo adoren en espíritu y en verdad. No habló de músicos, ni de estilos, ni de tiempos de duración, sino de una condición del corazón. Espíritu y verdad son los dos ejes que sostienen la adoración genuina: sin espíritu, la adoración se vuelve ritual; sin verdad, se transforma en hipocresía.

El gran problema de la Iglesia contemporánea no es la música en sí misma, sino el desplazamiento del centro. La música, que debería ser un canal, en muchos contextos se ha convertido en el protagonista. Plataformas que parecen escenarios, luces que buscan provocar emociones, sonidos que imitan modelos del mundo, y líderes de alabanza tratados como celebridades, revelan un cambio de enfoque peligroso. Cuando la atención se dirige más al que canta que a Aquel a quien se canta, la adoración deja de ser adoración y se convierte en espectáculo.

Aclaro que de ninguna manera tengo problemas con los buenos equipos de sonido, con las luces o las pantallas, eso no es algo que criticaría bajo ningún punto de vista. No estoy refiriéndome a las instalaciones o las virtudes de la tecnología, eso no es algo que me importe en absoluto, mi carga obedece a los corazones. Eso es lo que debemos cuidar, y ese es mi enfoque en este tema.

El Nuevo Testamento no presenta a la música como el eje de la vida congregacional. La iglesia del primer siglo perseveraba en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones. Se menciona el canto de salmos, himnos y cánticos espirituales, pero siempre en el marco de una vida llena del Espíritu y sometida a la Palabra. La música acompañaba la vida espiritual, no la reemplazaba ni la dirigía.

Es legítimo preguntarnos si la centralidad que hoy se le da a la música tiene sustento bíblico o si responde más a

modelos culturales y comerciales. En muchas naciones, la música cristiana se ha transformado en una industria, con intereses económicos, estrategias de mercado y figuras públicas que generan admiración y dependencia. Esto no solo afecta la pureza de la adoración, sino que introduce valores ajenos al Reino, como la competencia, la vanidad, el ego y la búsqueda de reconocimiento.

Existe una diferencia profunda entre un músico y un adorador. El músico desarrolla habilidades técnicas; el adorador cultiva una vida rendida. El músico puede ejecutar una canción; el adorador ofrece su vida como sacrificio vivo. Cuando las plataformas se llenan de músicos talentosos pero espiritualmente descuidados, los conflictos no tardan en aparecer: celos, pleitos, orgullo, comparaciones y luchas de poder. Estas actitudes no son problemas menores; revelan una ausencia de vida espiritual profunda.

La excelencia natural nunca puede reemplazar la excelencia espiritual. No está mal invertir en buenos equipos de sonido, iluminación o pantallas, pero es grave descuidar la santidad, la comunión con Dios y la sensibilidad al Espíritu Santo. La Iglesia no debe conformarse con ambientes bien producidos si en ellos no se manifiesta la presencia de Dios. La gloria de Dios no se compra con tecnología ni se provoca con estímulos sensoriales; se manifiesta donde hay corazones humildes y obedientes.

Otro aspecto que requiere discernimiento es el origen y el contenido de la música que se introduce en la Iglesia. No

todo lo que se presenta como cristiano edifica espiritualmente. Satanás ha utilizado la música desde el principio como instrumento de influencia y distorsión, y sería ingenuo pensar que no intenta hacerlo también dentro de la Iglesia. Esto exige pastores atentos, con criterio espiritual, capaces de evaluar no solo el ritmo o el estilo, sino el espíritu, la letra y el mensaje que se transmite en cada canción.

Muchas letras que hoy se cantan no exaltan a Dios, sino que colocan al ser humano en el centro. Otras mezclan conceptos del Antiguo y del Nuevo Pacto sin discernimiento, generando confusión doctrinal. Algunas apelan más a la emoción que a la revelación, produciendo experiencias intensas pero superficiales. La adoración verdadera nace de la verdad revelada; no puede sostenerse sobre frases vacías o conceptos humanistas.

La liturgia y la planificación no son enemigas del Espíritu. El orden es necesario, pero el orden sin sensibilidad espiritual se vuelve rigidez. En muchos cultos se respeta el programa, pero se ignora el fluir del Espíritu. Se canta lo planificado aunque Dios esté hablando otra cosa, se corta cuando el Espíritu está obrando, o se insiste cuando ya no hay vida. Esta falta de discernimiento revela la necesidad urgente de formar líderes de alabanza espiritualmente maduros, capaces de escuchar a Dios y responder con obediencia.

Resulta especialmente doloroso cuando, después de una predicación ungida, la música que sigue no guarda ninguna relación con lo que Dios está ministrando. Esto no

es un detalle menor; revela una desconexión entre la Palabra y la adoración. La música debería acompañar y profundizar la obra del Espíritu, no interrumpirla ni desviar la atención.

La adoración auténtica requiere vidas alineadas. No puede haber verdadera adoración cuando hay pecado no confesado, doble vida o actitudes contrarias al carácter de Cristo. Por eso, los equipos de alabanza no deberían reunirse solo para ensayar canciones, sino para orar, confesar, sanar relaciones y ser ministrados. La luz aumenta donde hay verdad, y la verdad libera de la hipocresía que tanto daña la vida espiritual.

El Señor no busca canciones perfectas, sino corazones limpios. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios. Esta promesa no es poética, es espiritual. Ver a Dios implica sensibilidad, comunión y gozo profundo en Su presencia. Cuando la Iglesia pierde esta visión, comienza a fabricar ídolos modernos: escenarios, artistas, estilos, experiencias sensoriales. Pero quienes necesitan ver con los ojos naturales para adorar revelan una ceguera espiritual.

La alabanza y la adoración, en el marco de los parámetros del Reino, deben ser restauradas a su lugar correcto. No como un ministerio autónomo, no como un espectáculo, no como un producto cultural, sino como la expresión viva de una Iglesia enamorada de su Señor. Cuando Cristo vuelve a ocupar el centro, la música encuentra su lugar correcto: un medio al servicio de la presencia, y no un fin en sí mismo.

Pastores y líderes están llamados a guardar la plataforma con celo santo. No para apagar la creatividad ni la expresión, sino para proteger la esencia. La Iglesia que camina en el Reino no necesita impresionar, necesita habitar. No necesita producir ambientes, necesita rendirse. Allí donde la adoración vuelve a ser vida, el Reino se manifiesta con poder, verdad y transformación duradera.

La restauración de la adoración en la Iglesia exige también una revisión profunda del concepto de presencia de Dios. Durante muchos años se ha enseñado, de manera implícita o explícita, que la presencia de Dios “desciende” cuando la música alcanza cierto clímax emocional. Esto ha llevado a confundir presencia con sensación, unción con atmósfera, y mover del Espíritu con estímulo sensorial. Sin embargo, la Escritura enseña que Dios habita en medio de su pueblo de manera permanente, y que somos templo del Espíritu Santo. La presencia no se invoca, se honra; no se provoca, se reconoce; no depende de acordes, sino de corazones rendidos.

Cuando la Iglesia entiende esto, la adoración deja de ser una búsqueda desesperada de experiencias intensas y se convierte en una respuesta constante a una realidad espiritual ya establecida. La presencia de Dios no es un premio para quienes cantan bien, sino una herencia para quienes caminan en obediencia. Esta comprensión cambia radicalmente la manera de conducir los cultos, de preparar los tiempos congregacionales y de evaluar lo que verdaderamente edifica.

En el Nuevo Pacto, el altar ya no es un lugar físico, sino la vida misma del creyente. El apóstol Pablo exhorta a presentar los cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, lo cual define como un culto racional (**Romanos 12:1**). Esta afirmación es profundamente reveladora: el verdadero culto no se limita a un espacio ni a un horario, sino que se expresa en una vida ofrecida diariamente. Allí donde no hay entrega de vida, no puede haber adoración genuina, por más música que se produzca.

Esta verdad confronta directamente muchas prácticas actuales. Se canta sobre rendición, pero no se vive en rendición. Se proclama santidad, pero se toleran actitudes que entristecen al Espíritu. Se habla de intimidad con Dios, pero se descuida la oración secreta y la vida devocional. La adoración se vacía de contenido cuando no está respaldada por una vida coherente.

La duración de los tiempos de alabanza y adoración también merece discernimiento. No es la extensión del tiempo lo que determina la profundidad espiritual, sino la calidad del corazón que se presenta delante de Dios. Hay cultos largos con poca vida espiritual, y momentos breves cargados de una profunda manifestación de la presencia de Dios. Insistir en prolongar un tiempo musical cuando no hay dirección del Espíritu puede ser tan dañino como cortar prematuramente cuando Dios está obrando.

El discernimiento espiritual es una de las mayores carencias en muchos equipos de alabanza. Discernir no es

improvisar, ni dejarse llevar por emociones, sino escuchar con atención al Espíritu Santo y responder con obediencia. Esto requiere formación espiritual, madurez, sujeción pastoral y una vida de comunión constante con Dios. No se aprende solo con ensayos, sino en el aposento secreto.

Otro aspecto fundamental es la relación entre adoración y doctrina. La adoración no puede separarse de la verdad revelada. Lo que la Iglesia canta termina formando la teología del pueblo. Muchas personas recuerdan más las letras de las canciones que los mensajes predicados. Por eso, cantar letras confusas, incompletas o incorrectas no es un asunto menor, sino una seria responsabilidad pastoral.

Cuando las canciones no reflejan la revelación del Nuevo Pacto, cuando exaltan al hombre por encima de Cristo, o cuando presentan una espiritualidad centrada en las emociones, la Iglesia comienza a construir una fe débil, inestable y dependiente de estímulos externos. La adoración debe afirmar verdades eternas: la obra consumada de Cristo, la gracia, la autoridad del Reino, la centralidad de la cruz, la identidad en Cristo y la esperanza gloriosa.

La mezcla de pactos es otro problema recurrente. Se cantan promesas dadas a Israel sin el debido contexto, se proclaman declaraciones sin fundamento en Cristo, y se confunden principios del Antiguo Pacto con la realidad del Nuevo. Esto no solo genera confusión, sino que debilita la comprensión del evangelio. La adoración debe surgir de una correcta interpretación de la Palabra.

La formación espiritual de los músicos y líderes de alabanza es, por lo tanto, innegociable. No basta con talento ni con buena intención, deben ser instruidos en la Palabra. El carácter precede al don, y la unción no puede sostenerse donde no hay integridad. Pastores y líderes deben asumir la responsabilidad de discipular a quienes están en las plataformas, no solo musicalmente, sino espiritualmente, emocionalmente y doctrinalmente.

Los espacios de confesión, restauración y ministración dentro de los equipos de alabanza no son opcionales, sino necesarios. Donde se confiesan las faltas y se camina en la luz, el Espíritu Santo tiene libertad para obrar. Donde se esconden pecados, se justifica la doble vida o se tolera la hipocresía, la adoración se convierte en una actuación.

La sensualidad en las plataformas cristianas es una señal alarmante de la influencia del sistema del mundo dentro de la Iglesia. Gestos, vestimentas y actitudes que buscan llamar la atención sobre el cuerpo o la personalidad del ministro contradicen el espíritu de la adoración. La verdadera adoración dirige todas las miradas a Cristo, no al adorador.

La Iglesia debe recuperar la sencillez espiritual sin perder profundidad. No se trata de volver atrás ni de rechazar toda expresión contemporánea, sino de filtrar todo a la luz del Reino. No todo lo nuevo edifica, y no todo lo antiguo es obsoleto. El criterio no debe ser la moda, sino la verdad y la edificación espiritual.

La espontaneidad en la adoración no es desorden, sino sensibilidad. Los cánticos nuevos, los cánticos espirituales y proféticos surgen cuando hay libertad y dirección del Espíritu. La Iglesia primitiva conocía este fluir porque vivía llena del Espíritu. Recuperar esta dimensión requiere menos control humano y más dependencia de Dios.

Cuando la adoración vuelve a ser auténtica, los resultados son evidentes. La presencia de Dios trae convicción de pecado, restauración, sanidad interior, gozo profundo y transformación genuina. No se trata de producir emociones pasajeras, sino de permitir que el Espíritu Santo haga una obra profunda y duradera.

Finalmente, la adoración del Reino siempre conduce a la obediencia. Quien verdaderamente adora, vive sometido al señorío de Cristo. No hay separación entre el altar y la vida cotidiana, porque en el Nuevo Pacto, el altar está en nuestros corazones. La adoración del domingo se valida en la conducta del lunes. El Reino no es la expresión de un culto, sino la expresión de la vida.

La Iglesia que camina bajo parámetros de Reino necesita restaurar la alabanza y la adoración a su diseño original. No como un ministerio centralizado en la música, sino como una vida centrada en Cristo. Cuando esto sucede, la música encuentra su lugar correcto, la presencia de Dios se manifiesta con libertad, y el Reino avanza con poder y verdad.

Este es el llamado apostólico para este tiempo: volver al corazón de la adoración, limpiar el altar, formar adoradores y no artistas, y permitir que el Espíritu Santo gobierne la expresión de la Iglesia. Allí donde la adoración es vida, el cielo se abre y la tierra es transformada.

“Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.”

Juan 4:23 y 24



Capítulo cuatro

PARÁMETROS DE MINISTRACIÓN PASTORAL

“No impongas con ligereza las manos a ninguno, ni participes en pecados ajenos. Consérvate puro.”

1 Timoteo 5:22

El ministerio en el Nuevo Pacto no surge de la necesidad de suplir una carencia en Dios, sino de cooperar con una obra que Él ya inició en el interior del creyente. Los ministros dados por Cristo, conforme a **Efesios 4:11**, no fueron establecidos para administrar rituales que mantengan a los santos dependientes de una intervención externa, sino para conducirlos hacia la madurez espiritual que nace de la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios. La Iglesia no se expande educando pecadores, sino formando renacidos; no se fortalece multiplicando experiencias emotivas, sino estableciendo una conciencia gobernada por la vida de Cristo en nosotros.

Cuando este principio se pierde, la ministración se transforma en un sustituto de la comunión. Se busca el toque

en lugar de la transformación, la impartición en lugar de la edificación, la experiencia en lugar de la vida. Sin embargo, el diseño del Nuevo Pacto es radicalmente distinto: Dios ya no se relaciona con Su pueblo desde la distancia, sino desde la habitación. Jesús fue claro cuando dijo: ***“En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros” (Juan 14:20)***. Esta declaración no describe una metáfora devocional, sino una realidad espiritual objetiva que redefine por completo la manera en que entendemos la ministración cristiana.

El Espíritu Santo ya no desciende ocasionalmente sobre algunos, sino que mora permanentemente en todos los que han nacido de nuevo. Jesús afirmó que el Espíritu ***“mora con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14:17)***, y el apóstol Pablo lo confirmó al declarar que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo ***(1 Corintios 6:19)*** y que ***“si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia” (Romanos 8:10)***. Estas verdades no son conceptos doctrinales abstractos; son el fundamento mismo de la vida cristiana.

No obstante, muchos oran, sirven y participan de los cultos como si Dios estuviera lejos, como si aún habitara en un lugar al que hay que invocar para que descienda. De allí surge la insistencia constante en “pasar al altar”, en ser ungidos repetidamente, en recibir una y otra vez la imposición de manos, como si la presencia de Dios estuviera asociada a un espacio físico o a la mediación continua de un

ministro. En el Nuevo Pacto, el altar ya no está hecho de piedras, sino de corazones rendidos; no está en la plataforma, sino en el interior del creyente. Cuando esto no se enseña con claridad, se forma una conciencia dependiente y religiosa, que busca afuera lo que Dios ya depositó dentro.

Esta mentalidad no surge de la nada; ha sido alimentada, muchas veces sin mala intención, por modelos de ministración que refuerzan la idea de que algo siempre falta. Por eso no resulta extraño escuchar expresiones como: “La palabra fue linda, lástima que el pastor no oró por nadie”. Esa frase revela más que una preferencia personal; evidencia una fortaleza espiritual instalada en la Iglesia, donde la validación del culto no pasa por la revelación recibida, sino por la experiencia emocional vivida. El problema no es la oración en sí, sino el lugar que se le ha otorgado en la conciencia del pueblo.

El Nuevo Pacto nos introduce en una realidad mucho más profunda: estar “en Cristo”. Esta expresión, tan recurrente en las epístolas paulinas, no describe únicamente una creencia, sino una ubicación espiritual. **“Si alguno está en Cristo, nueva criatura es”** (2 Corintios 5:17); **“nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”** (Efesios 1:3); **“vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”** (Colosenses 3:3). Estar en Cristo implica vivir desde una identidad recibida, no desde un esfuerzo por alcanzar algo que ya fue otorgado por gracia.

Muchos creen en Cristo, pero no han aprendido a moverse en Cristo. Viven desde la fe intelectual, pero no desde la conciencia espiritual. Como consecuencia, desarrollan una dependencia excesiva de sus pastores y líderes, esperando que ellos gestionen lo que solo puede ser vivido en comunión personal con el Espíritu. Esta dependencia, lejos de ser señal de humildad, es evidencia de inmadurez espiritual. Y lo más peligroso es que, en algunos casos, los mismos ministros refuerzan esta dinámica porque los hace sentir necesarios, especiales o espiritualmente superiores.

Un ejemplo claro de esta confusión es el uso indiscriminado de la unción con aceite. En el Antiguo Testamento, el aceite cumplía una función simbólica y profética; señalaba una obra que aún no era una realidad permanente. En el Nuevo Pacto, el símbolo dio lugar a la sustancia. El Espíritu Santo ya no es una promesa futura, sino una presencia constante. Si bien ungir con aceite puede edificar la fe de algunos en determinados contextos, no debe convertirse en una práctica indispensable, ni mucho menos en un reemplazo de la revelación de que hemos sido ungidos por el Santo (**1 Juan 2:20, 27**). Cuando el símbolo reemplaza a la realidad, el pueblo queda anclado en una pedagogía que ya cumplió su propósito.

La consecuencia de este desvío es una Iglesia que gestiona la fe en lugar de vivir por dependencia del Espíritu Santo. Pablo confronta duramente esta mentalidad cuando pregunta: “**¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora**

vais a acabar por la carne?” (Gálatas 3:3). La carne no siempre se manifiesta en el pecado visible; muchas veces se expresa en la religiosidad sofisticada, en la repetición de prácticas que tranquilizan la conciencia pero no producen transformación. La verdadera dependencia no es debilidad, es madurez; pero esa dependencia debe estar dirigida a Dios, no a los hombres.

En el Antiguo Testamento vemos imposiciones de manos que marcaron momentos claves y únicos: Abraham sobre Isaac, Isaac sobre Jacob. No eran actos repetitivos ni rituales constantes, sino eventos puntuales que sellaban una transición. En contraste, hoy encontramos creyentes que pasan años yendo al supuesto “altar” domingo tras domingo, sin evidencias de cambio, sin crecimiento en carácter, sin frutos visibles de la vida de Cristo. Esto no revela falta de poder en Dios, sino ausencia de revelación en la ministración y en la conciencia sobre las dimensiones del Nuevo Pacto.

Los cristianos que solo esperan que Dios haga algo y no comprenden su protagonismo como canales de Dios en la tierra, siempre estarán esperando un toque, en lugar de comprender la dinámica de la vida en Cristo. No descalifico con esto la imposición de manos, por el contrario, digo que la hemos desvirtuado a un simple ritual. Cuando un pastor ha impuesto manos veinte veces a la misma persona en diferentes reuniones es porque lo que debió ser un acto de profunda impartición, se ha convertido en una simple práctica rutinaria.

La tarea pastoral no consiste en multiplicar ministraciones externas, sino en formar creyentes responsables de su vida espiritual. Orar por los hermanos e imponer manos no es incorrecto; lo incorrecto es hacerlo sin revelación, transformándolo en un ritual que calma el alma pero no activa el espíritu. Cuando la ministración no conduce a la madurez, se convierte en una anestesia espiritual que posterga el crecimiento.

La verdadera evidencia de que Cristo vive en nosotros no se manifiesta principalmente en experiencias intensas, sino en frutos visibles y sostenidos. La obediencia fluye naturalmente cuando amamos y guardamos Su palabra (**Juan 14:23**). El fruto del Espíritu se desarrolla como expresión de una vida rendida (**Gálatas 5:22 y 23**). La paz gobierna el corazón cuando Cristo ocupa el centro (**Colosenses 3:15**). El pecado pierde dominio cuando entendemos que ya no somos esclavos, sino hijos (**Romanos 6:14**). Esta es la dinámica del Nuevo Pacto: una vida gobernada por la presencia interna de Cristo.

Si la Iglesia no edifica espiritualmente, solo alimentará el alma. Si no madura a los santos para funcionar en Cristo, seguirá llenando altares, multiplicando imposiciones de manos, declarando palabras poderosas y organizando cultos emotivos, pero sin formar vidas efectivas. El resultado será una Iglesia activa, pero no transformada; visible, pero no madura; ferviente en reuniones, pero débil en su caminar diario.

La ministración de los hermanos, entonces, debe ser reubicada en su justo lugar: no como el centro de la vida cristiana, sino como un recurso pastoral al servicio de la edificación, siempre subordinado a la revelación de Cristo viviendo en nosotros.

El desafío pastoral en el contexto del Nuevo Pacto no consiste en atraer multitudes a un momento de ministración, sino en conducir personas hacia una vida gobernada por Cristo desde lo profundo del ser. El liderazgo espiritual no fue diseñado para convertirse en mediador permanente entre Dios y los hombres, porque esa función ya fue cumplida de manera perfecta y definitiva por Jesucristo (**1 Timoteo 2:5**). Está bien que la gente se conecte con sus líderes, porque esa es la forma de ejercer la autoridad espiritual para discipularlos, pero esa tarea tiene que coronarse con una clara conexión de la gente con Dios. Los pastores no están para reemplazar la comunión que la gente debe tener con Dios. Los pastores siempre estarán, pero madurar personas implica no hacerlos dependientes de ellos, sino de Dios.

Por otra parte, la verdadera autoridad espiritual no se manifiesta en la cantidad de personas que pasan al frente en una reunión de culto, sino en la calidad de vidas que aprenden a caminar en obediencia fuera de toda reunión. El ministro del Nuevo Pacto no es un gestor de experiencias, sino un formador de conciencias. Pablo entendía esto con claridad cuando dijo: **“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”**

(Gálatas 4:19). La meta no era que dependieran de él, sino que Cristo tomara forma en su interior.

Por esta razón, la ministración congregacional debe ser discernida y contextualizada. No todo momento requiere imposición de manos, ni toda necesidad se resuelve con una oración pública. Jesús mismo, el modelo supremo de ministerio, no sanó a todos de la misma manera, ni respondió siempre a las expectativas de la multitud. En algunas ocasiones ministró con una palabra; en otras, con un acto profético; en otras, simplemente se retiró a orar. Esto nos enseña que la ministración auténtica fluye de la comunión con el Padre, no de un protocolo repetitivo.

Cuando la Iglesia no establece parámetros claros, la ministración se transforma en una rutina previsible. El pueblo aprende cuándo pasar, qué sentir y qué esperar, pero no aprende a vivir. Se confunde la presencia de Dios con la emoción del momento, y se asocia el mover del Espíritu con manifestaciones visibles, en lugar de con transformación interna. Pablo advierte sobre esta distorsión cuando escribe que **“el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”** (Romanos 14:17). El Reino no se mide por lo que ocurre en un instante, sino por lo que se establece en el carácter.

La responsabilidad pastoral incluye enseñar a los hermanos a discernir la voz de Dios en su vida cotidiana. Jesús afirmó: **“Mis ovejas oyen mi voz”** (Juan 10:27). No dijo que solo los pastores la oyen, sino que cada hijo tiene

acceso a esa comunión. Cuando el creyente no es formado en esta verdad, buscará constantemente que otro escuche a Dios por él. De allí surge la necesidad compulsiva de palabras proféticas, de confirmaciones externas y de ministraciones repetidas que sustituyen la relación personal con el Señor.

Esto no significa negar la función profética, pastoral o apostólica, sino ubicarla correctamente. Los dones ministeriales existen para edificar, exhortar y consolar (**1 Corintios 14:3**), no para reemplazar la guía interna del Espíritu Santo. Juan lo expresa con claridad cuando escribe: **“La unción que vosotros recibisteis de Él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe”** (**1 Juan 2:27**). Esta declaración no invalida la enseñanza, sino que afirma que toda enseñanza debe conducir al creyente a depender de la unción interna, no del maestro externo.

Una Iglesia que no entiende esto termina midiendo la espiritualidad por la frecuencia con la que alguien pasa al frente. Se crea una cultura donde el mismo grupo de personas busca ser ministrado una y otra vez, mientras otras permanecen como espectadores pasivos. El resultado es una comunidad desequilibrada, donde pocos hacen y muchos reciben, pero casi nadie crece. El Nuevo Testamento, en cambio, presenta una Iglesia donde **“todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí... recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”** (**Efesios 4:16**). El crecimiento es corporativo, pero comienza en la responsabilidad personal.

El pastor, entonces, debe ejercer discernimiento para saber cuándo ministrar públicamente y cuándo enseñar al pueblo a permanecer en la presencia de Dios sin intervenciones externas. Hay momentos donde el silencio delante del Señor edifica más que cien oraciones. Hay situaciones donde una exhortación clara produce más fruto que una larga fila de imposición de manos. Enseñar esto requiere valentía pastoral, porque va en contra de expectativas instaladas, pero es indispensable para formar una Iglesia madura.

La falta de límites en la ministración también genera desgaste en los líderes. Pastores que oran por todos, todas las semanas, cargando necesidades que no les corresponden, terminan agotados, frustrados y, en algunos casos, espiritualmente secos. Moisés necesitó escuchar el consejo de Jetro para entender que no podía hacerlo todo solo, porque no era el diseño de Dios (**Éxodo 18:17 y 18**). El Nuevo Pacto no eliminó este principio; lo profundizó. Cada creyente es responsable de cultivar su comunión con Dios, y el liderazgo está para acompañar, no para sustituir.

Cuando enseñamos correctamente la dinámica del Nuevo Pacto, la ministración deja de ser un fin en sí mismo y se convierte en un medio ocasional para afirmar lo que ya está ocurriendo en el interior de las personas. El enfoque cambia: ya no ministramos para que Dios haga algo, sino para confirmar lo que Dios ya está haciendo. Esta diferencia es sutil, pero profundamente transformadora. Cambia la expectativa del pueblo y redefine la función pastoral.

La Iglesia necesita recuperar una visión sobria y bíblica de la ministración. Sobria, porque no se deja llevar por la emoción desmedida; bíblica, porque se alinea con la revelación de Cristo en nosotros. Pablo declara que “Cristo en vosotros es la esperanza de gloria” (**Colosenses 1:27**). No Cristo sobre vosotros, ni Cristo visitándoos ocasionalmente, sino Cristo viviendo, gobernando y expresándose desde el interior.

Cuando esta verdad se establece, la vida cristiana deja de girar alrededor del culto y comienza a manifestarse en lo cotidiano. La fe ya no se activa solo en la reunión, sino en la casa, en el trabajo, en las decisiones diarias. El creyente ya no busca constantemente que alguien ore por él, porque ha aprendido a llevar sus cargas delante del Señor y a caminar en obediencia. El resultado es una Iglesia menos espectacular, pero más sólida; menos dependiente, pero más madura; menos ruidosa en el culto, pero más efectiva en el Reino.

La ministración de los hermanos, vista desde esta perspectiva, no se elimina, sino que se redime. Recupera su propósito original: servir a la edificación, no reemplazarla; acompañar el proceso, no convertirse en el proceso mismo. Cuando el liderazgo entiende esto, comienza a formar una Iglesia que ya no vive de experiencias prestadas, sino de una comunión viva y constante con Cristo.

La Iglesia del Nuevo Pacto está llamada a vivir desde la plenitud de Cristo, no desde la carencia. Cuando la

ministración se convierte en el eje de la vida congregacional, se corre el riesgo de construir una espiritualidad basada en la necesidad constante, en lugar de en la suficiencia de la obra consumada. Pablo declara que en Cristo “**estamos completos**” (**Colosenses 2:10**), y esta afirmación desafía profundamente muchos modelos eclesiales que, aunque bien intencionados, sostienen al pueblo en una expectativa permanente de recibir algo que ya fue otorgado por gracia.

La plenitud no significa ausencia de procesos, luchas o crecimiento; significa que todo proceso ocurre desde una base firme, no desde un vacío. El creyente no madura porque recibe más ministraciones, sino porque aprende a permanecer en Cristo. Jesús mismo lo enseñó con claridad: “**Permaneced en mí, y yo en vosotros**” (**Juan 15:4**). Permanecer no es una experiencia ocasional, sino una práctica diaria de comunión, obediencia y rendición. Allí es donde el fruto aparece de manera natural, no forzada.

Cuando la Iglesia no es enseñada a permanecer, busca reemplazos. Se reemplaza la comunión por la actividad, la formación por la emoción, la revelación por la repetición. La ministración, entonces, pasa a ocupar un lugar que no le corresponde, y se transforma en una especie de sostén espiritual artificial. Esto explica por qué muchas personas se sienten bien al salir del culto, pero vuelven a la misma condición pocos días después. No hubo edificación del espíritu, solo alivio del alma.

El liderazgo pastoral debe asumir con responsabilidad la tarea de reeducar la conciencia del pueblo. Esto no se logra con confrontaciones abruptas ni con prohibiciones, sino con enseñanza clara, paciente y consistente. Pablo exhorta a Timoteo a que persista “en la doctrina” porque en ello hay salvación tanto para el que enseña como para los que oyen (**1 Timoteo 4:16**). La doctrina no es un lujo académico; es una herramienta pastoral que protege a la Iglesia del engaño y de la inmadurez.

Reeducar la conciencia implica enseñar que la vida cristiana no se activa cuando alguien impone manos, sino cuando el creyente responde en obediencia a lo que el Espíritu ya está hablando en su interior. Implica afirmar que la transformación no ocurre por proximidad a un ungido, sino por rendición al Ungido que habita en nosotros. Implica, también, ayudar al pueblo a entender que no todo problema requiere una ministración pública, y que muchas respuestas se encuentran en el lugar secreto, donde el Padre ve en lo oculto (**Mateo 6:6**).

Cuando estos principios se establecen, la Iglesia comienza a experimentar un cambio profundo en su dinámica espiritual. Las personas ya no corren al frente por inercia, sino que examinan su corazón delante del Señor. Las oraciones dejan de ser demandas desesperadas y se convierten en expresiones de confianza. La fe ya no depende del clima del culto, sino de la certeza de la presencia permanente de Dios. Esta es una señal inequívoca de madurez.

Desde esta perspectiva, la ministración vuelve a ocupar su lugar correcto: se convierte en un acto de confirmación, no de sustitución. En algunos momentos, el Espíritu Santo puede guiar a imponer manos, a orar específicamente por una persona o a ejercer un acto profético. Pero cuando esto sucede, no genera dependencia, sino impulso; no crea apego al ministro, sino gratitud a Dios; no infantiliza, sino que fortalece. Pablo describe este equilibrio cuando dice que todo debe hacerse “para edificación” (**1 Corintios 14:26**).

Un parámetro de Reino fundamental para evaluar la ministración es el fruto que produce a mediano y largo plazo. Si después de años de pasar al frente, las mismas personas siguen atrapadas en los mismos patrones, algo no está funcionando correctamente. Jesús fue claro al afirmar que el árbol se conoce por su fruto (**Mateo 7:16**). El fruto del Espíritu, el crecimiento en carácter, la responsabilidad espiritual y la obediencia práctica son indicadores mucho más confiables que la intensidad de una experiencia momentánea.

También es necesario enseñar a la Iglesia a valorar el proceso silencioso de Dios. No todo lo que el Espíritu hace es visible, ni todo lo que es visible proviene del Espíritu. El crecimiento real suele ser lento, profundo y muchas veces imperceptible a simple vista. Pablo lo expresa cuando dice que somos transformados **“de gloria en gloria”** (**2 Corintios 3:18**). Esta transformación ocurre en la medida en que

contemplamos al Señor, no en la medida en que participamos de más ministraciones.

Cuando los pastores establecen estos parámetros, liberan a la Iglesia de una carga innecesaria y, al mismo tiempo, se liberan ellos mismos de expectativas irreales. Ya no necesitan demostrar poder cada semana, ni sostener una atmósfera constante de intensidad emocional. Pueden enfocarse en lo esencial: enseñar, pastorear, discipular y acompañar procesos de maduración. Esto produce comunidades más sanas, líderes menos desgastados y creyentes más firmes.

La exhortación pastoral final es clara y necesaria: debemos dejar de medir la espiritualidad por lo que sucede en el altar y comenzar a medirla por lo que sucede en la vida. Debemos dejar de formar creyentes dependientes de ministraciones y comenzar a formar discípulos dependientes de Cristo. Debemos dejar de gestionar la fe desde afuera y comenzar a vivirla desde adentro, donde el Espíritu Santo ya está obrando.

La Iglesia con parámetros de Reino no niega la ministración, pero tampoco la idolatra. La honra, la usa con discernimiento y la subordina a la verdad central del Nuevo Pacto: “Cristo vive en nosotros”. Cuando esta verdad gobierna la conciencia del pueblo, la Iglesia deja de correr detrás de experiencias y comienza a caminar en plenitud. Entonces, el culto deja de ser el centro y Cristo vuelve a

ocupar Su lugar. Y cuando Cristo ocupa Su lugar, la Iglesia encuentra el suyo.

“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.”

Hebreos 13:20 y 21



Capítulo cinco

PARÁMETROS DE REINO PARA LAS FINANZAS

“Honra al Señor con tus bienes y con las primicias de todos tus frutos; entonces tus graneros se llenarán con abundancia, y tus lagares rebosarán de vino.”

Proverbios 3:9 y 10

El tema de las finanzas dentro de la Iglesia ha sido, a lo largo de la historia, uno de los asuntos más sensibles y, al mismo tiempo, más reveladores del estado espiritual de una comunidad. No por la naturaleza del dinero en sí mismo, sino por la profundidad con la que este toca el corazón humano. Jesús lo sabía, y por eso habló de este tema con una claridad que confronta y una sabiduría que libera. Allí donde el dinero gobierna, el Reino se debilita; pero allí donde el dinero es gobernado por Dios, el Reino se manifiesta con orden, fruto y propósito eterno.

Una Iglesia con parámetros de Reino no puede evitar esta conversación ni abordarla de manera liviana. El silencio pastoral en materia financiera no produce espiritualidad,

produce ignorancia. Y la ignorancia, lejos de ser neutral, siempre tiene un costo.

El apóstol Pablo afirma que el dios de este siglo ha cegado el entendimiento de los incrédulos (**2 Corintios 4:4**), y esta ceguera también se manifiesta cuando el pueblo de Dios vive su economía bajo principios ajenos al Reino, aun cuando confiesa fe con sus labios. Cuando la Iglesia no discipula en esta área, otros sistemas lo hacen, moldeando mentalidades de autosuficiencia, temor, ambición o escasez.

Las Escrituras no presentan al dinero como un mal absoluto, sino como una realidad poderosa que exige gobierno. Pablo escribe con claridad que el amor al dinero es raíz de todos los males (**1 Timoteo 6:10**), aclarando que no es el dinero en sí, sino el lugar que ocupa en el corazón. Jesús llevó esta verdad al centro del discipulado cuando declaró que nadie puede servir a dos señores, porque necesariamente amará a uno y aborrecerá al otro. Esta afirmación no es simbólica, es espiritual y práctica: el dinero compite por el trono del corazón humano.

Desde la perspectiva del Reino, el dinero deja de ser un fin y se transforma en un medio. No es un señor al que se sirve, sino una herramienta que se administra. Esta verdad atraviesa toda la Escritura. El Salmo declara que de Jehová es la tierra y su plenitud (**Salmo 24:1**), y el profeta Hageo recuerda que el oro y la plata le pertenecen al Señor (**Hageo 2:8**). Cuando esta convicción gobierna la mente, el creyente

deja de vivir como dueño y aprende a vivir como mayordomo.

Esta comprensión es esencial para el liderazgo pastoral. El pastor no puede enseñar libertad financiera si él mismo vive bajo temor, culpa o ambición. La relación del ministro con el dinero suele ser un espejo silencioso de su madurez espiritual. Pablo pudo decir con autoridad que había aprendido a vivir en abundancia y en escasez (**Filipenses 4:12**), porque su contentamiento no dependía de las circunstancias, sino de Cristo que lo fortalecía. Esta declaración revela una libertad interior que todo líder necesita alcanzar.

El sistema del mundo utiliza el dinero como instrumento de control, identidad y seguridad. Promete estabilidad, pero exige dependencia; promete futuro, pero produce ansiedad. Jesús confrontó directamente esta lógica cuando enseñó que no nos afanemos por el qué comeremos o vestiremos, recordando que el Padre celestial conoce nuestras necesidades. Esta enseñanza no promueve irresponsabilidad, sino confianza. Buscar primero el Reino y su justicia establece un orden correcto donde la provisión es consecuencia, no obsesión.

La transformación financiera comienza en la mente. Pablo exhorta a no conformarse a este siglo, sino a ser transformados mediante la renovación del entendimiento (**Romanos 12:2**). Esta renovación incluye la manera de pensar el trabajo, el ahorro, la inversión, la generosidad y el

uso de los recursos. Una mente renovada entiende que toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, y que nada puede ser separado del propósito de Dios (**Santiago 1:17**).

La pobreza no es una virtud espiritual, ni la riqueza una señal automática de aprobación divina. Ambas son escenarios donde el corazón es probado. Proverbios enseña que la bendición de Jehová es la que enriquece y no añade tristeza con ella (**Proverbios 10:22**), revelando que la verdadera prosperidad está ligada a la paz y a la obediencia. Jesús advirtió que de nada aprovecha al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma, estableciendo un límite claro entre éxito aparente y vida eterna (**Mateo 16:26**).

Desde Génesis, Dios se revela como proveedor. Abraham creyó a Dios, y esa fe fue contada por justicia (**Romanos 4:3**), pero esa fe también se manifestó en provisión, cuidado y abundancia. Dios mismo declara que lo bendijo en todo. Sin embargo, Abraham entendió que su prosperidad tenía propósito, y por eso pudo diezmar voluntariamente a Melquisedec, reconociendo que la fuente de su bendición no era la guerra ni el botín, sino el Dios Altísimo (**Génesis 14:20**).

El pueblo de Israel recibió leyes económicas que reflejaban el carácter de Dios. El cuidado del pobre, del extranjero y de la viuda, el año sabático y el jubileo, revelan que para Dios la economía nunca estuvo separada de la justicia y la misericordia. Estas leyes impedían la

acumulación abusiva y preservaban la dignidad humana. El libro de Deuteronomio advierte claramente al pueblo para que, al prosperar, no se olviden del Señor, reconociendo que es Él quien da el poder para hacer las riquezas (**Deuteronomio 8:18**).

Jesús abordó el tema financiero con una profundidad que muchos prefieren evitar. Habló de mayordomos fieles e infieles, de talentos entregados para ser administrados, de rendición de cuentas y de fidelidad en lo poco. Declaró que quien es fiel en lo poco también lo será en lo mucho, estableciendo un principio espiritual inalterable. Confrontó la avaricia, advirtió sobre el engaño de las riquezas y enseñó que donde esté nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón.

La iglesia primitiva vivió estos principios de manera práctica. El libro de los Hechos describe una comunidad donde la generosidad fluía de corazones transformados. No había necesitados entre ellos, porque los recursos circulaban conforme a la necesidad y al amor fraternal (**Hechos 4:34 y 35**). Esta realidad no fue producto de una imposición, sino de la obra del Espíritu Santo. La gracia producía generosidad, no presión.

Los principios financieros bíblicos son eternos. La mayordomía responsable, la diligencia, la planificación, la honra a Dios con los bienes, la generosidad sistemática y la ley de la siembra y la cosecha atraviesan toda la Escritura. Pablo afirma a los corintios que el que siembra escasamente,

escasamente también segará (**2 Corintios 9:6**), y que Dios da semilla al que siembra y pan al que come, multiplicando la semilla sembrada (**2 Corintios 9:10**). Este texto revela que Dios no solo suple, sino que capacita para seguir dando.

Muchos de estos principios han sido preservados históricamente por el pueblo judío, no como rituales vacíos, sino como sabiduría aplicada. Honrar a Dios con los recursos, enseñar a los hijos a administrar, vivir con previsión y generosidad, ha producido fruto a lo largo de generaciones. La Iglesia haría bien en recuperar esta sabiduría bíblica sin caer en legalismos ni fórmulas.

Aquí emerge con fuerza la responsabilidad pastoral. Enseñar finanzas sin manipulación es un acto de amor y de fidelidad al evangelio. El pastor no está llamado a utilizar la culpa, el miedo o la presión emocional. Pedro exhorta a los ancianos a pastorear no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto, siendo ejemplos del rebaño (**1 Pedro 5:2**). La integridad financiera del liderazgo es parte esencial del testimonio cristiano.

En el Nuevo Pacto, la generosidad nace de la gracia. Pablo enseña que cada uno dé como propuso en su corazón, no con tristeza ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre (**2 Corintios 9:7**). Dar deja de ser una obligación legal y se convierte en una respuesta espiritual. La siembra no es una técnica para manipular a Dios, sino una expresión de confianza en Sus principios. Dios no responde a fórmulas, responde a corazones rendidos.

La prosperidad bíblica debe ser entendida a la luz del propósito eterno. Juan escribe deseando que los creyentes prosperen en todas las cosas y tengan salud, así como prospera su alma (**3 Juan 2**). Esta declaración establece un orden: la prosperidad exterior nunca debe superar la prosperidad interior. Cuando el alma está sana, los recursos encuentran su lugar correcto.

Existe una dimensión espiritual alrededor del dinero que no puede ser ignorada. Jesús habló del engaño de las riquezas (**Marcos 4:19**), y Pablo advirtió que algunos, por codiciarlas, se desviaron de la fe (**1 Timoteo 6:21**). El sistema sabe que el dinero es poder, por eso busca controlarlo y desacreditar toda enseñanza bíblica que libere a la Iglesia. El enemigo no teme a una Iglesia con pocos recursos, teme a una Iglesia libre, generosa y gobernada por Dios.

El poder de la Iglesia no está en el dinero, sino en el gobierno espiritual. Sin embargo, el gobierno espiritual necesita recursos para manifestarse en la tierra. No para competir con el sistema, sino para manifestar el Reino con justicia, misericordia y excelencia. El dinero no gobierna el Reino, pero el Reino debe gobernar el dinero.

El pastor es formador de cultura espiritual. Discipular también en lo económico es parte del llamado. Esto no se logra con campañas aisladas, sino con procesos formativos sostenidos. Enseñar a pensar, a administrar, a dar y a vivir con propósito es una expresión del pastoreo integral.

Al concluir esta reflexión, la exhortación es clara y apostólica. Dios no busca una Iglesia rica en apariencia, sino una Iglesia fiel en propósito. Los recursos en manos incorrectas destruyen, pero en manos consagradas se convierten en instrumentos de gloria. Pastor, revisa tu propia relación con el dinero, permite que el Señor gobierne esta área y enseña al pueblo con verdad y amor. El Reino no se vende, pero sí se sostiene y se expande con recursos bajo el gobierno del Rey.

No deberíamos olvidar que hace unos años la mayor parte de la iglesia era pobre y miserable; y que el tan criticado evangelio, mal llamado de la prosperidad, sacó de esa posición lamentable a muchos cristianos y a congregaciones completas. Que después, algunos ministros inescrupulosos hayan malversado fondos, no implica que los principios financieros no fueron correctos. No actuemos como ignorantes. Los que tanto se quejan de las enseñanzas financieras en la Iglesia, se hacen los espirituales, pero solo son tacaños que pretenden impedir darle a Dios lo que Dios demanda como dueño de todo.

La enseñanza bíblica revela que la mayordomía no es un concepto accesorio, sino un eje central del discipulado. Jesús presentó repetidamente la vida como una administración confiada. En las parábolas, los siervos no eran dueños de los bienes, sino responsables de gestionarlos conforme a la voluntad del señor. El énfasis no estaba en la cantidad administrada, sino en la fidelidad del corazón. Esta verdad atraviesa toda la revelación: Dios evalúa la obediencia

antes que el resultado visible. La fidelidad en lo poco prepara el carácter para lo mucho, y la infidelidad aún en lo más pequeño revela una falta de gobierno interior.

El relato de los talentos enseñada por Jesús en **Mateo 25:14 al 30**, muestra que el temor es uno de los mayores enemigos de la mayordomía. El siervo que enterró el talento no fue condenado por robarlo, sino por no administrarlo. El miedo a perder, a equivocarse o a exponerse puede paralizar al creyente y llevarlo a una falsa espiritualidad que esconde la irresponsabilidad bajo el disfraz de humildad. En el Reino, la fe no elimina el riesgo, pero sí vence al temor. Administrar con fe implica asumir responsabilidad bajo la guía de Dios.

El apóstol Pablo, al instruir a Timoteo, advierte que aquellos que desean enriquecerse caen en tentación y en lazo. No condena la provisión ni el bienestar, sino el deseo desordenado que desplaza a Dios del centro. Luego exhorta a los ricos de este siglo a no ser altivos ni poner la esperanza en las riquezas, sino en Dios, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Este texto revela un equilibrio profundo: Dios no se opone al disfrute, se opone a la dependencia.

La Escritura también enseña que el trabajo es un medio de provisión bendecido por Dios. Desde el principio, el hombre fue llamado a labrar y guardar. El trabajo dignifica, ordena y participa del diseño divino. Pablo fue claro al afirmar que el que no quiere trabajar, tampoco coma, estableciendo un principio de responsabilidad personal. Al

mismo tiempo, enseñó a trabajar no solo para suplir lo propio, sino para tener qué compartir con el que padece necesidad. El trabajo, entonces, se transforma en un canal de bendición.

La planificación y la previsión no son expresiones de incredulidad, sino de sabiduría. Proverbios elogia a la hormiga que, sin tener capitán ni gobernador, prepara su alimento en el verano (**Proverbios 6:6 al 8**). Jesús mismo enseñó a calcular el costo antes de edificar una torre (**Lucas 14:28**). La fe bíblica no es improvisada ni desordenada; confía en Dios mientras actúa con responsabilidad. Enseñar esto en la Iglesia libera a los creyentes de una espiritualidad pasiva que espera milagros donde Dios demanda obediencia.

La generosidad ocupa un lugar central en la vida del Reino. No es un acto aislado, es una cultura. Jesús afirmó que más bienaventurado es dar que recibir, revelando que la verdadera riqueza se mide en términos eternos (**Hechos 20:35**). La ofrenda de la viuda pobre, que dio todo lo que tenía, no fue destacada por su monto, sino por su entrega (**Marcos 12:41 al 44**). Dios no observa la cantidad, observa el corazón. Esta verdad protege a la Iglesia de comparaciones, presiones y manipulaciones.

Pablo, al escribir a los corintios, presenta la generosidad como una gracia que debe abundar. Así como se crece en fe, en palabra y en conocimiento, también se puede crecer en el dar. Esta perspectiva eleva la enseñanza financiera a un nivel espiritual profundo. Dar forma el carácter, rompe el egoísmo y alinea el corazón con el cielo.

Donde está el tesoro, allí estará también el corazón (**Mateo 6:21**); por eso, el dar es una herramienta de formación espiritual.

La dimensión comunitaria de las finanzas también es esencial. En la Iglesia, los recursos no existen solo para el beneficio individual, sino para la edificación del cuerpo. Pablo organizó colectas para sostener a los hermanos necesitados, mostrando una Iglesia interdependiente y solidaria. Esta práctica fortalecía la unidad y testificaba al mundo del amor de Cristo. Una Iglesia que administra bien sus recursos puede responder con rapidez y eficacia a las necesidades espirituales y sociales.

El uso de los recursos para la excelencia ministerial no contradice la espiritualidad; la honra. Dios es un Dios de orden y excelencia. El tabernáculo y el templo fueron edificados con lo mejor, no por ostentación, sino por reverencia. Cuando la Iglesia cuida la calidad de lo que hace, honra a Dios y dignifica a las personas. La mediocridad no es una virtud espiritual; muchas veces es el resultado de una mentalidad limitada. Si vamos a edificar una congregación con mentalidad de Reino, más vale que enseñemos finanzas.

En este punto, es necesario volver a enfatizar la responsabilidad del liderazgo. El pastor no solo enseña con palabras, enseña con decisiones. La forma en que se administran los recursos habla más fuerte que cualquier mensaje. La transparencia genera confianza, y la confianza libera al pueblo para dar con gozo. Donde hay claridad, se

desactiva la sospecha; donde hay integridad, florece la generosidad.

Sin embargo, los pastores deben hacer un claro énfasis en lo financiero, con legítima autoridad espiritual si es que pretenden llevar a los hermanos a la abundancia. Deben estar dispuestos a enfrentar las críticas, demostrando que tienen su ego rendido al Señor, porque las críticas de los que nada entienden, han frenado a muchos ministros que han actuado con cobardía espiritual, tan solo para defender su ego. Los pastores deben definir si le harán caso a Dios o a los críticos del evangelio del Reino.

La dimensión espiritual del dinero se manifiesta también en la batalla por el corazón. Jesús advirtió sobre el engaño de las riquezas, no porque siempre falten, sino porque prometen lo que no pueden cumplir (**Marcos 4:19**). Solo Dios puede dar paz, identidad y propósito. Cuando el dinero ocupa ese lugar, produce ansiedad, competencia y división. Cuando es sometido al Reino, se convierte en un instrumento de bendición.

En los tiempos finales, la Escritura advierte sobre sistemas que controlarán a las personas a través de la economía. Sin caer en especulaciones, es evidente que el dinero seguirá siendo un instrumento de poder. Por eso, una Iglesia madura debe aprender a relacionarse con las finanzas desde la libertad espiritual, sin dependencia ni temor. La verdadera seguridad no está en los recursos acumulados, sino en la fidelidad de Dios.

El llamado pastoral en esta área es, por lo tanto, profundamente formativo. No se trata solo de sostener estructuras, sino de formar discípulos íntegros. Una Iglesia que entiende el Reino administra con sabiduría, da con alegría y vive con propósito. Sus recursos no la gobiernan; ella los gobierna bajo la dirección del Espíritu Santo.

Al cerrar este capítulo, la exhortación se profundiza. Pastor, el Señor no te llamó a edificar un sistema dependiente del dinero, sino una Iglesia dependiente de Dios. Sin embargo, esa dependencia no anula la responsabilidad, la planificación ni la enseñanza. Permite que el Espíritu Santo examine tu corazón, sane cualquier herida relacionada con este tema y te forme como un mayordomo fiel.

Que la Iglesia aprenda a honrar a Dios con sus recursos, no por obligación, sino por revelación. Que el dinero pierda su poder de control y encuentre su lugar de servicio. Y que el Reino de Dios se manifieste con libertad, justicia y abundancia para toda buena obra, para gloria del Rey que gobierna sobre todo.

“Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos; Y serán llenos tus graneros con abundancia, y tus lagares rebosarán de mosto.”

Proverbios 3:9 y 10



Capítulo seis

PARÁMETROS DE REINO PARA LA SANTA CENA

“Luego tomó pan y, después de dar gracias, lo partió, se lo dio a ellos y dijo: Esto es mi cuerpo, entregado por ustedes; hagan esto en memoria de mí. De la misma manera, tomó la copa después de cenar y dijo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que es derramada por ustedes.”

Lucas 22:19-20 (NVI):

La manera en que una iglesia se acerca a la Mesa del Señor revela mucho más que su liturgia; revela su comprensión del Evangelio, su lectura del Nuevo Pacto y, sobre todo, su percepción del corazón de Cristo. No estamos ante un tema menor ni meramente ritual. La Santa Cena toca fibras profundas de la fe cristiana, porque en ella confluyen la gracia, la memoria redentora, la comunión del Cuerpo y la proclamación viva de la obra de la cruz.

Desde una perspectiva de Reino, la Cena del Señor no puede ser reducida a una estructura rígida ni a un filtro de

pertenencia institucional. El Reino de Dios no se edifica desde barreras externas, sino desde una obra interna del Espíritu que atrae, convence y transforma. Por eso, cuando hablamos de la Santa Cena bajo el Nuevo Pacto, es imprescindible despojarnos de toda lectura legalista heredada de sistemas religiosos que no nacen del texto bíblico, sino de tradiciones posteriores que, muchas veces, terminaron oscureciendo la intención original del Señor.

La carga pastoral que muchos ministros sienten al reflexionar sobre este tema no surge de una liviandad doctrinal ni de un deseo de relativizar lo santo. Por el contrario, nace de un profundo celo por el carácter de Cristo y por la integridad del Evangelio. Jesús nunca utilizó la mesa como un instrumento de humillación o exclusión.

Él jamás pidió credenciales religiosas para sentarse a comer con alguien. En los Evangelios lo vemos repetidamente compartiendo la mesa con publicanos, pecadores notorios, personas socialmente despreciadas y hombres y mujeres quebrados, sin exigirles previamente una purificación ritual. De hecho, fue precisamente esa cercanía la que escandalizó a los religiosos de su tiempo, quienes entendían la santidad como separación externa y no como transformación interna.

El relato bíblico muestra con claridad que Jesús no purificaba antes de recibir; recibía para purificar. La mesa era un espacio de revelación, de gracia y de confrontación amorosa. En **Lucas 19**, Zaqueo no fue cambiado por un

sermón previo ni por una exigencia sacramental, sino por un encuentro en su casa, alrededor de una mesa, donde la presencia del Salvador produjo arrepentimiento genuino y restitución voluntaria. Esto no es un detalle anecdótico; es una clave hermenéutica para entender cómo opera el Reino.

Cuando el apóstol Pablo transmite la enseñanza apostólica sobre la Cena del Señor a la iglesia de Corinto, no lo hace desde una lógica de exclusión ritual, sino desde una preocupación pastoral profunda por la manera en que el Cuerpo de Cristo estaba siendo tratado dentro de la comunidad.

Pablo recuerda que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan y dijo: ***“Haced esto en memoria de mí”***, y de igual manera la copa, afirmando que ese acto anuncia la muerte del Señor hasta que Él venga (**1 Corintios 11:24 al 26**). El énfasis apostólico está puesto en la memoria viva, en la proclamación del sacrificio y en el discernimiento espiritual del significado de ese acto, no en la construcción de requisitos que el texto jamás establece de manera explícita.

Es importante subrayar que en ninguna parte de las Escrituras encontramos un mandato que diga que una persona debe estar bautizada para participar de la Cena. El bautismo, sin duda, es un paso de obediencia indispensable para todo creyente que ha puesto su fe en Cristo, pero convertirlo en una barrera previa para acceder a la Mesa es una inferencia doctrinal que no surge directamente del texto bíblico.

La norma apostólica jamás presenta el bautismo como un requisito excluyente para participar de la Cena, aunque sí lo presenta como una expresión pública de fe y de identificación con Cristo. De hecho, la referencia fundamental que todos utilizan es el sublime momento de la última cena del Señor, pero debemos notar que sus discípulos incluyendo a Judas, no habían recibido la regeneración, porque Jesucristo todavía no había ido a la cruz del Calvario. Es decir, si consideramos ese momento como el gran fundamento histórico, debemos asumir que por primera vez la consumieron inconversos.

Uno de los textos más citados, y muchas veces más malinterpretados, en relación con este tema es **1 Corintios 11:27 al 29**. Durante años, este pasaje ha sido utilizado para infundir temor, para cerrar la Mesa y para señalar indignidad en personas que se acercan con corazones sinceros. Sin embargo, una lectura honesta y contextual revela que Pablo no está hablando de personas indignas, sino de una manera indigna de participar. El término griego que utiliza no califica al individuo, sino al modo en que se celebra la Cena.

El contexto de la iglesia en Corinto es determinante para comprender la exhortación apostólica. Allí había divisiones profundas, desprecio entre hermanos, abusos de los ricos hacia los pobres, falta de amor y una grave incapacidad de discernir el Cuerpo como comunidad redimida. Algunos comían con exceso mientras otros pasaban hambre; la Mesa, en lugar de expresar comunión, se había convertido en un espacio de humillación. Pablo no

confronta a inconversos ni a recién llegados, sino a creyentes que participaban sin arrepentimiento, sin amor y sin conciencia espiritual de lo que representaba el Cuerpo de Cristo.

Discernir el Cuerpo no se limita a una comprensión mística del pan y del vino, sino a reconocer a la Iglesia como un solo cuerpo, unido por la sangre del Nuevo Pacto. Por eso, el juicio que Pablo menciona no es una condenación eterna, sino una disciplina correctiva que Dios permite para preservar la santidad y la salud espiritual de su pueblo. Reducir este pasaje a una prohibición general para quienes “no están listos” es una lectura simplista que termina contradiciendo el espíritu del Evangelio.

De hecho, el discernimiento no es algo que Dios le demandaría a una persona que acaba de llegar a una reunión, ni siguiera a hermanos inmaduros, porque el discernimiento es el resultado del desarrollo espiritual. Por tal motivo, el autor de la carta a los hebreos expresó: *“pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal”* (Hebreos 5:14). Por supuesto, el escritor no se estaba refiriendo a la Santa cena, sino a la Palabra de revelación. Lo que deseo destacar es que el discernimiento es para los maduros que han logrado desarrollar sus sentidos espirituales.

Desde una mirada de Reino, la Cena del Señor debe ser entendida como una mesa de gracia, no como un examen de

admisión. Jesús jamás usó la mesa para cerrar puertas; la usó para abrir corazones. En la iglesia primitiva, partir el pan era parte de la vida comunitaria cotidiana, una expresión viva de comunión, enseñanza y oración, como lo describe **Hechos 2:42 al 47**. No se trataba de un acto elitista ni reservado a una casta espiritual, sino de una experiencia formativa que fortalecía la fe y afirmaba la identidad del pueblo redimido.

El temor a que alguien “contamine” la Mesa revela, muchas veces, una comprensión sacramental mágica que no pertenece al pensamiento bíblico. El pan no es un objeto místico que se corrompe por el contacto con una persona en proceso. El peligro nunca está en el pan, ni en la copa, ni en la congregación; el peligro está en un corazón endurecido que participa siendo cristiano maduro sin arrepentimiento ante determinados conflictos con los hermanos, y sin discernimiento respecto de que el cuerpo de Cristo es quien está sentado a su lado. La Escritura es clara cuando afirma que Dios mira el corazón y que cada uno dará cuenta de sí mismo delante del Señor (**Romanos 14:12**).

Si recomiendo a todos los pastores, que cada vez que ministren la Sena del Señor, se tomen unos momentos para explicar la trascendencia de ese sublime momento. A menos que la congregación sea de un número considerable, los pastores suelen estar claros si ha llegado gente nueva o no. Entonces, es bueno explicar lo que implica la Sena del Señor, para que nadie participe con irreverencia o incredulidad, aconsejándole a todos los presentes abstenerse en caso de no estar dispuestos a entregar el gobierno de sus vidas al Señor.

No prohibiendo, sino despertando la conciencia de los presentes para que actúen con sensatez.

El orden bíblico nos muestra que la fe precede al bautismo y que ambos conducen a una vida comunitaria transformada. Pero la Cena se inserta dentro de esa vida comunitaria como una proclamación permanente del Evangelio, no como un premio a la madurez alcanzada. De hecho, para muchas personas, la Santa Cena ha sido el espacio donde el Espíritu Santo ha producido quebrantamiento, convicción de pecado, revelación del amor de Cristo y decisiones genuinas de fe. No son pocos los testimonios de hombres y mujeres que, al participar de la Mesa, han experimentado un encuentro real con el Señor que marcó un antes y un después en su caminar espiritual.

Esto no debería sorprendernos. La Cena proclama la cruz, proclama la sangre, proclama la gracia y proclama el amor de Dios manifestado en Cristo. Cuando una persona se acerca con un corazón abierto, aun sin comprender plenamente todos los aspectos doctrinales, está siendo alcanzada por la gracia, no condenada por la falta de un rito previo. El Evangelio siempre ha operado así: primero alcanza, luego forma; primero abraza, luego enseña; primero salva, luego ordena.

Cuando la Iglesia pierde de vista el corazón del Evangelio, suele desplazar el foco del discernimiento espiritual hacia lugares equivocados. En lugar de examinar actitudes, motivaciones y relaciones, termina controlando

accesos externos y construyendo cercos doctrinales que no siempre responden a la intención de la Escritura.

En el caso de la Santa Cena, esto ha producido una paradoja peligrosa: se le prohíbe participar a personas que llegan quebradas y hambrientas de Dios, mientras participan creyentes endurecidos, divididos o atrapados en pecados no tratados, simplemente porque cumplen, según las normas institucionales, con ciertos requisitos formales.

Este fue exactamente el problema que el apóstol Pablo confrontó en Corinto. No era una iglesia inmadura por falta de conocimiento doctrinal, sino una comunidad espiritualmente enferma por falta de amor, de honra mutua y de discernimiento del Cuerpo. La Cena del Señor, que debía ser una expresión de unidad, se había convertido en un reflejo de las desigualdades y del egoísmo presentes en la congregación. Por eso Pablo habla con tanta severidad, no para cerrar la Mesa, sino para restaurar su verdadero significado.

El Nuevo Pacto redefine la santidad. Ya no se trata de separación externa, sino de una transformación interna producida por la obra del Espíritu Santo. El autor de la carta a los hebreos afirma que tenemos *“libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo”* (Hebreos 10:19), y esa libertad no está basada en méritos humanos ni en procesos rituales, sino en la eficacia eterna del sacrificio de Cristo.

Si la entrada al Lugar Santísimo es por la sangre, ¿cómo podríamos condicionar el acceso a la Mesa, que es un memorial de esa misma sangre, a requisitos que la Escritura no establece con claridad? Es muy triste que el Señor esté dispuesto a entregar Su sangre, Su cuerpo y Su Espíritu a simples pecadores y que nosotros, simples personitas alcanzadas por la gracia, lleguemos a pensar que tenemos el derecho de negarles un pedacito de pan y un pequeño trago de vino. Es una triste evidencia de haber olvidado de dónde y cómo fuimos rescatados.

Es aquí donde el discernimiento pastoral se vuelve indispensable. Abrir la Mesa no significa relativizar el pecado ni promover liviandad espiritual. Todo lo contrario. Significa confiar en que el Espíritu Santo es capaz de obrar convicción, arrepentimiento y transformación en el contexto de la gracia. Jesús mismo declaró que no había venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento (**Lucas 5:32**), y eso es algo que deberíamos tener muy en claro. La Mesa del Señor es una proclamación visible de esa invitación.

El verdadero riesgo doctrinal no está en permitir que una persona nueva participe de la Cena, sino en permitir que el orgullo, la división, la hipocresía y la falta de amor se normalicen dentro de la comunidad. Cuando la Iglesia tolera estos pecados relationales, la Cena pierde su poder formativo y se convierte en un rito vacío. Pablo afirma que muchos en Corinto estaban débiles, enfermos y algunos habían muerto, no por participar sin bautismo, sino por hacerlo sin discernir

el Cuerpo y sin juzgarse a sí mismos (**1 Corintios 11:30 y 31**). El énfasis apostólico está puesto en la actitud del corazón y en la vida comunitaria, no en la condición ceremonial.

Desde una perspectiva de Reino, la Santa Cena es una mesa que anuncia una realidad futura mientras opera en el presente. Cada vez que la Iglesia parte el pan, proclama que el Reino ya ha sido inaugurado por la muerte y resurrección de Cristo, pero que aún espera su consumación plena. Esta tensión entre el “ya” y el “todavía no” exige una pastoral que combine verdad y gracia, santidad y misericordia, exhortación y paciencia.

Por eso, una invitación pastoral sabia no se formula en términos de exclusión automática, sino de llamado al corazón. Invitar a participar de la Cena apelando al sentir y la conciencia de cada persona, no rebaja la santidad del acto; la eleva. Coloca la responsabilidad delante de Dios y no en manos de un sistema humano de control. Tal como enseña Pablo en **Romanos 14**, cada uno es responsable ante el Señor, y Él es poderoso para sostener a los suyos.

La Iglesia no ha sido llamada a reemplazar la obra del Espíritu Santo con reglamentos, sino a cooperar con ella a través del acompañamiento pastoral, la enseñanza paciente y el discipulado intencional. Debemos enseñar con claridad, convicción y urgencia, pero nunca usando la Palabra como una herramienta de exclusión que contradiga el espíritu del Evangelio. En el Nuevo Testamento, la obediencia siempre

surge como fruto de la fe, no como condición previa para experimentar la gracia.

Muchos ministros han sido testigos de cómo la participación en la Cena ha abierto corazones que antes estaban cerrados. Personas que no se habrían acercado a una plataforma, ni respondido a un llamado público, han sido profundamente tocadas al recibir el pan y la copa, comprendiendo en silencio que alguien dio su vida por ellas. Allí, sin presión ni manipulación, el Espíritu Santo ha hecho una obra profunda, genuina y duradera. Desestimar estos frutos sería ignorar la manera en que Dios ha decidido obrar en medio de Su pueblo.

El Reino de Dios no avanza por medio del temor, sino por medio de la revelación del amor. Cuando la Iglesia administra la Cena desde el temor, produce distanciamiento, discriminación y desprecio; cuando la administra desde la gracia con discernimiento, produce transformación. No se trata de abrir la invitación de manera descuidada, sino de pastorear con sabiduría, entendiendo que la Mesa del Señor no pertenece a la institución, sino al Rey.

Al llegar a este punto, se vuelve evidente que la discusión en torno a la Santa Cena no es, en esencia, un debate sobre rituales, sino una revelación del modelo de Iglesia que estamos edificando. Toda práctica eclesial termina siendo un espejo de la teología que la sustenta. Una iglesia que gobierna la Mesa desde el control comunica un evangelio de méritos; una iglesia que la administra desde la

gracia con discernimiento comunica el corazón del Nuevo Pacto.

Jesús confió su Mesa a hombres frágiles, imperfectos y, en algunos casos, profundamente inmaduros. Reitero esto: En la noche en que fue entregado, ninguno de los que estaban sentados con Él podía considerarse espiritualmente “apto” bajo parámetros religiosos estrictos. Allí estaba Pedro, que horas después lo negaría; estaban los discípulos que huirían; y estaba Judas, cuyo corazón ya se había inclinado hacia la traición. Sin embargo, Jesús no canceló la Cena ni levantó barreras. Compartió el pan y la copa, no porque ignorara lo que ocurriría, sino porque su obra redentora no dependía de la fidelidad humana, sino de la obediencia perfecta del Hijo al Padre.

Este dato, lejos de relativizar la santidad, la profundiza. La santidad del Nuevo Pacto no se preserva cerrando la Mesa, sino honrando el sacrificio que la fundamenta. La sangre de Cristo no es frágil ni necesita ser protegida por reglamentos humanos; es poderosa para salvar, limpiar y transformar. La Iglesia no cuida la santidad evitando que los pecadores se acerquen, sino guiándolos hacia un encuentro real con el Cordero que quita el pecado del mundo.

Desde esta perspectiva, la responsabilidad pastoral no consiste en determinar quién es digno, sino en crear un marco espiritual donde la verdad sea proclamada con claridad y la gracia sea ofrecida con reverencia. El discernimiento no se ejerce interrogando conciencias, sino enseñando con

fidelidad y acompañando con amor. El apóstol Pablo afirma que **“el Señor conoce a los que son suyos”** (2 Timoteo 2:19), recordándonos que la obra más profunda siempre ocurre en el ámbito invisible del corazón. No podemos nosotros apropiarnos de esta asignación.

Una iglesia de Reino entiende que la Santa Cena es una proclamación viva del Evangelio. Cada vez que el pan es partido y la copa es compartida, se anuncia que el acceso a Dios ha sido abierto, que la deuda ha sido cancelada y que la reconciliación es posible. Este anuncio no está reservado para los que ya llegaron, sino para los que están llegando. En muchos casos, la Mesa se convierte en el primer altar, el primer encuentro consciente con la gracia, el primer momento donde el Espíritu Santo susurra verdades eternas al corazón.

Nunca he escuchado a un pastor o líder tratando de impedir que una persona recién llegada de su ofrenda, por dudar de la procedencia del dinero. Nadie ha considerado que podría venir de la venta de drogas, de la prostitución o las apuestas, todos reciben las ofrendas o incluso un diezmo si alguien lo ofreciera, sin investigar, sin solicitar un bautismo previo o sin dar un curso de teología. No comprendo por qué motivo entonces, convidar un pedacito de pan se vuelve tan peligroso para algunos.

En fin, desde el entendimiento de esta dinámica, no propongo eliminar la necesidad del cuidado, la ética, la disciplina, la enseñanza y la formación espiritual. Al

contrario, creo que debemos reforzar todo esto, pero bajo una dinámica de Nuevo Pacto y la gracia que lo caracteriza.

Una iglesia que abre la Mesa debe comprometerse aún más con el discipulado, con el acompañamiento pastoral y con la formación doctrinal sólida. La gracia no anula el proceso; lo inicia. El bautismo, la vida de santidad, la comunión y el crecimiento espiritual deben ser enseñados como respuestas amorosas a una gracia ya recibida, no como condiciones para merecerla. Por eso, la invitación pastoral a la Cena debe ser clara, honesta y reverente. No se trata de una invitación ligera ni superficial, sino profundamente espiritual.

Lo que verdaderamente excluye de la Mesa no es la falta de un rito previo, sino la dureza deliberada del corazón. La rebeldía consciente, el desprecio por la unidad del Cuerpo, el pecado sostenido sin arrepentimiento y la burla hacia lo santo son actitudes que contradicen el espíritu del Nuevo Pacto. Estas no siempre se detectan externamente, pero Dios las conoce y las trata con justicia y misericordia. En cambio, un corazón quebrado, aun lleno de preguntas y debilidades, encuentra en la Mesa un lugar de sanidad y esperanza.

Como pastores y líderes que trabajan bajo una cobertura apostólica, estamos llamados a reflejar el carácter del Rey en cada práctica de la Iglesia. No fuimos llamados a ser guardianes de un sistema, sino pastores de personas. La Mesa del Señor no nos pertenece; pertenece a Cristo. Administrarla con temor reverente implica honrar su

intención original sin anular Su gracia. Debemos reunir, restaurar y formar un pueblo que viva bajo el gobierno del Reino.

Este enfoque no deshonra la Palabra, no relativiza la doctrina ni promueve liviandad espiritual. Por el contrario, devuelve a la Iglesia una comprensión más profunda y madura del Evangelio. Una iglesia que abre la Mesa con discernimiento se convierte en un espacio donde la gracia no es un concepto abstracto, sino una experiencia tangible. Allí, muchos encontrarán al Señor antes de comprenderlo todo, y serán transformados antes de ordenarlo todo.

La Santa Cena puede ser, para innumerables personas, el primer encuentro real con Cristo, más poderoso que cien sermones. En ese acto sencillo y profundamente espiritual, el Espíritu Santo continúa haciendo lo que siempre ha hecho: atraer a los corazones hacia la cruz, revelar el amor del Padre y formar un pueblo que viva, no bajo estructuras muertas, sino bajo el gobierno vivo del Reino de Dios.

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados. ¡Por gracia ustedes han sido salvados!”

Efesios 2:4 y 5



Capítulo siete

PARÁMETROS PARA LA PRESENTACIÓN DE NIÑOS

“Llevaron unos niños a Jesús para que les impusiera las manos y orara por ellos, pero los discípulos reprendían a quienes los llevaban. Jesús dijo: Dejen que los niños vengan a mí; no se lo impidan, porque el reino de los cielos es de quienes son como ellos.”

Mateo 19:13 y 14 NVI

La Iglesia de Jesucristo ha heredado, a lo largo de su historia, múltiples prácticas que nacieron de buenas intenciones pastorales, pero que con el tiempo se transformaron en tradiciones no examinadas a la luz de la Palabra. Algunas de ellas fueron asumidas sin una reflexión teológica profunda, otras surgieron como intentos sinceros de suplir necesidades emocionales, culturales o familiares, y otras se incorporaron simplemente por imitación de modelos ajenos al espíritu del Nuevo Pacto. El verdadero desafío pastoral no es discernir si una práctica es bien intencionada, sino si es bíblicamente necesaria, espiritualmente saludable y coherente con una mentalidad de Reino.

La llamada “presentación de niños” se encuentra dentro de este conjunto de prácticas que, aunque ampliamente aceptadas en el ámbito evangélico, requieren una revisión honesta, madura y responsable. No porque orar por los niños sea incorrecto, pues nadie con sensibilidad pastoral y entendimiento bíblico podría oponerse a la oración y bendición sobre la niñez, sino porque el formato ritual, ceremonial y casi sacramental que esta práctica ha adoptado en muchos contextos no encuentra un respaldo claro en las Escrituras del Nuevo Testamento.

Jesús manifestó un profundo amor por los niños. Los tomó en sus brazos, los bendijo y los puso como ejemplo del espíritu que debe caracterizar a los que desean entrar en el Reino de los cielos. ***“Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía”*** (Marcos 10:16). Sin embargo, este gesto no fue instituido como una ordenanza, ni como una ceremonia litúrgica que la Iglesia deba reproducir sistemáticamente. Fue una expresión espontánea del corazón del Reino, no la instauración de un rito eclesiástico.

Cuando se observa atentamente el texto bíblico, se advierte que Jesús no pidió convocar a una congregación, no estableció padrinos, no pronunció votos públicos, ni convirtió ese momento en un evento ceremonial. Simplemente respondió a una necesidad inmediata con compasión, autoridad espiritual y verdad. El problema surge cuando la Iglesia transforma gestos pastorales en estructuras rituales, y expresiones de gracia en actos institucionalizados.

Una de las mayores confusiones que rodean la presentación de niños proviene de una lectura incorrecta de los textos relacionados con la ley mosaica. Bajo el antiguo pacto, los hijos primogénitos debían ser presentados al Señor, y los varones circuncidados como señal del pacto entre Dios y Abraham.

Este mandato formaba parte de un sistema legal, étnico y espiritual específico, dirigido exclusivamente al pueblo de Israel. Jesús mismo fue presentado en el templo **“conforme a la ley del Señor”** (**Lucas 2:22 al 24**), no porque ese acto tuviera valor salvífico en sí mismo, sino porque Él nació bajo la ley para cumplirla y redimir a los que estaban bajo ella.

Pretender trasladar ese modelo al contexto de la Iglesia es desconocer la obra consumada de Cristo y la naturaleza del Nuevo Pacto. La Iglesia no reproduce los ritos de la ley porque ya no vive bajo la administración de la ley. **“Cristo es el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree”** (**Romanos 10:4**). Insistir en prácticas que pertenecen a un pacto abolido es, aunque involuntariamente, debilitar la comprensión de la gracia y el Nuevo Pacto.

Asimismo, la Iglesia evangélica tampoco puede adoptar prácticas provenientes de tradiciones sacramentales ajena a su identidad bíblica. El bautismo infantil, por ejemplo, pertenece a una concepción teológica que atribuye al rito un poder regenerador automático, independientemente de la fe personal. El Nuevo Testamento, en cambio, presenta el bautismo como una respuesta consciente a la fe, no como

un acto aplicado a quien aún no puede creer ni confesar. El bautismo no salva, ni determina la creencia que desarrollará un niño que aun no sabe ni entiende nada.

La presentación de niños, cuando se carga de un simbolismo espiritual que no le corresponde, corre el riesgo de ubicarse peligrosamente cerca de esa lógica sacramental. Muchos padres, y lamentablemente también algunos líderes, llegan a creer que algo espiritual sucede en el niño por el solo hecho de ser presentado públicamente, como si ese acto lo colocara bajo una cobertura especial o asegurara un destino espiritual favorable. Esta idea, aunque popular, no tiene sustento bíblico.

Los niños no pertenecen a Dios porque alguien los presente en una plataforma. Los niños son de Dios porque Él es su Creador. ***“He aquí, herencia de Jehová son los hijos”*** (**Salmos 127:3**). Aclaro también que Dios no produce o envía niños como algunos pretenden. Él nos ha dado el don de fructificar. Si lo usamos bien o lo usamos mal no es algo que Dios andará tratando de evitar. De hecho, hay niños nacidos por causa de una violación y nadie podría decir que Dios les envió ese hijo. Lo que sí hace Dios, es que en cualquier vientre que se empiece a formar un ser, Él está presente asumiendo la esencia de la vida.

Ninguna ceremonia que podamos realizar en una plataforma evangélica hace que los niños sean más de Dios de lo que ya son. Ninguna oración pública reemplaza la responsabilidad diaria de una crianza conforme a la Palabra.

En realidad, la bendición de Dios ya es parte de la inocencia de esos niños, la responsabilidad recae sobre los mayores, quienes deben hacerse responsables de criar, de formar el carácter y las ideas de esos niños. Ese proceso no puede ser reemplazado por la oración de un pastor.

El enfoque pastoral debe desplazarse del niño hacia los adultos. En la práctica actual, el niño se convierte en el centro visible de la ceremonia, cuando en realidad el verdadero desafío espiritual recae sobre los padres y sobre el entorno que rodeará su crecimiento. El niño no hace votos, no asume compromisos, no entiende declaraciones. Los adultos sí.

En muchos casos, la presentación de niños se transforma en un evento social. Asisten familiares que no conocen a Cristo, padrinos que no viven una vida de fe, personas que jamás participan de la vida congregacional, pero que aparecen para cumplir con una tradición cultural con tintes católicos. El pastor, entonces, se ve presionado a suavizar el mensaje, a evitar exhortaciones claras, a reducir el contenido espiritual para no incomodar a los presentes. El resultado es una ceremonia emotiva, pero espiritualmente vacía.

Peor aún, cuando algunos padres, que no viven una vida cristiana activa solicitan la presentación de sus hijos, se produce una contradicción muy profunda. Se quiere dedicar al Señor aquello que no se vive bajo Su señorío. Se pide bendición para el fruto, pero se ignora la raíz. Jesús fue claro cuando dijo que todo árbol se conoce por su fruto, pero

también es evidente que el fruto no puede superar la calidad del árbol que lo produce. El niño pasa a ser el más inocente de la ceremonia, pero el destino será la impartición de padres que lo llevarán inevitablemente por el camino de la oscuridad.

El Nuevo Testamento coloca una enorme responsabilidad sobre los padres. **“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor”** (Efesios 6:4). La fe no se transmite por imposición ceremonial, sino por modelado constante. Lo que un niño ve, oye y experimenta en su hogar marca más su corazón que cualquier oración pública.

La figura de los padrinos, tan común en estas ceremonias, merece también una revisión honesta. No existe en el Nuevo Testamento ningún fundamento para delegar la responsabilidad espiritual de un niño en terceros. La crianza espiritual no es transferible. Cuando los padrinos no son creyentes, o viven una fe nominal, la incoherencia se vuelve aún más evidente. ¿Cómo exhortar a alguien a asumir una responsabilidad espiritual que no desea ni comprende?

La Iglesia debe tener el valor pastoral de establecer límites saludables. No toda solicitud debe ser aceptada. No todo deseo familiar es automáticamente edificante para el cuerpo de Cristo. El pastor no está llamado a satisfacer expectativas sociales, sino a guardar la sana doctrina y cuidar el rebaño. **“Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la**

sana doctrina” (2 Timoteo 4:3), y muchas veces ese tiempo comienza cuando se diluye la verdad para evitar conflictos.

Lo que se debe hacer, no públicamente, sino en una cita previa, es explicar a esos padres o padrinos inconversos la verdad que Dios demanda. Se les debe explicar que las ceremonias en sí mismas no cambian nada si los mayores responsables no asumen el rol viviendo bajo el gobierno de Dios. Se les debe explicar con toda gracia que la intención pastoral no es discriminarlos, sino evitarles una vergüenza o exposición pública.

El verdadero valor de un momento de oración por un niño no reside en su visibilidad pública, sino en la verdad que se proclama y en el compromiso que se asume. Si la Iglesia decide orar por los niños, ese momento debería convertirse en una instancia de exhortación clara a los padres, un llamado a vivir el Evangelio en el hogar, una confrontación amorosa sobre la responsabilidad espiritual que han recibido. De lo contrario, el acto pierde su sentido y se convierte en una formalidad religiosa más.

Hasta aquí, esta reflexión no busca prohibir ni imponer, sino despertar discernimiento. El Reino de Dios no se edifica mediante rituales, sino mediante verdad, justicia y vida transformada. La gracia no necesita escenografía, y la fe no se sostiene en actos simbólicos, sino en obediencia diaria.

La Iglesia, como cuerpo vivo de Cristo, no puede desentenderse del proceso formativo de la niñez, pero

tampoco puede asumir un rol que no le fue delegado por Dios. Existe una diferencia fundamental entre acompañar espiritualmente y sustituir responsabilidades. Cuando la Iglesia intenta ocupar el lugar que corresponde a los padres, inevitablemente se produce una distorsión del diseño divino. Dios no confió la crianza espiritual primaria a la institución eclesiástica, sino al hogar. La comunidad de fe acompaña, afirma y refuerza, pero no reemplaza.

Desde el comienzo de la revelación bíblica, la transmisión de la fe está vinculada al contexto cotidiano de la vida familiar. *“Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos... y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes”* (**Deuteronomio 6:6 y 7**). Este principio, aunque expresado bajo el antiguo pacto, revela una verdad que atraviesa toda la Escritura: la fe se enseña viviendo, no ritualizando.

El Nuevo Testamento reafirma este patrón. Pablo no instruye a las iglesias a desarrollar ceremonias para los niños, sino a formar hogares donde Cristo sea el centro. La espiritualidad infantil no se construye en un evento puntual, sino en la repetición diaria de un testimonio coherente. Cuando la Iglesia exagera el valor de una ceremonia, corre el riesgo de minimizar la importancia de la vida cotidiana.

Uno de los errores más frecuentes en la práctica pastoral es confundir visibilidad con efectividad espiritual. Un acto público genera emoción, fotografías, recuerdos y

aprobación social, pero no necesariamente transformación. El Reino de Dios, en cambio, opera muchas veces en lo oculto, en lo silencioso, en lo perseverante. Jesús advirtió que el crecimiento del Reino se asemeja a una semilla que germina sin que el hombre sepa cómo. No crece por espectáculo, sino por vida.

Cuando una iglesia destina una porción significativa de su reunión congregacional a una presentación de niños, debe preguntarse honestamente si ese tiempo está siendo usado para edificar al cuerpo o para satisfacer una expectativa familiar. La reunión de la Iglesia no es un espacio neutro ni un salón de eventos. Es una asamblea espiritual convocada para exaltar a Cristo, edificar a los santos y proclamar la verdad. Toda práctica que se introduce en ese contexto debe someterse a ese propósito. Una vez que los pastores tengan esto absolutamente claro: ¡Adelante! No hay ningún problema en orar por un niño y por sus padres, para que Dios les de sabiduría.

Lo que estoy tratando de romper en este capítulo, no es una inocente oración por un niño, sino el sentido real de todo lo que hacemos. El apóstol Pablo exhorta a que todo se haga para edificación. **“Hágase todo para edificación” (1 Corintios 14:26)**. Esta frase sencilla encierra un criterio pastoral profundo. Si una práctica no edifica, si genera confusión doctrinal, si refuerza conceptos errados o si diluye el mensaje del Evangelio, entonces debe ser revisada, aunque sea popular. Con esto en mente, debemos tomar decisiones

sabias con algunas personas que ignorando a Dios pretenden participar de este acto.

La presentación de niños, cuando se realiza sin discernimiento, puede comunicar mensajes equivocados. Puede sugerir que la vida espiritual de un niño está asegurada por un acto externo. Puede transmitir la idea de que la responsabilidad espiritual puede delegarse. Puede reforzar una fe cultural más que una fe discipulada. Todo esto atenta contra una comprensión madura del Reino, y eso es lo que debe quedar claro.

Por otro lado, la ausencia total de acompañamiento pastoral también sería una omisión. Los niños importan profundamente a Dios, y la Iglesia debe demostrarlo no mediante rituales, sino mediante una cultura espiritual saludable. Jesús advirtió con severidad sobre la responsabilidad de quienes influyen en los más pequeños. ***“Cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino”*** (Mateo 18:6). Esto revela el peso espiritual que Dios asigna a la influencia, al ejemplo y al cuidado del entorno.

La Iglesia es responsable del ambiente espiritual que crea. Cada palabra predicada, cada actitud tolerada, cada ejemplo visible deja una huella. Los niños aprenden observando. Aprenden cómo se ora, cómo se ama, cómo se sirve, cómo se habla, cómo se resuelven los conflictos. En

este sentido, toda la congregación participa indirectamente en la formación de la niñez.

Aquí es donde se hace evidente que la verdadera “presentación” no ocurre en una plataforma, sino en la vida diaria de la Iglesia. Cada niño es presentado al Señor cuando ve una comunidad que honra a Cristo con integridad. Cada niño es bendecido cuando crece en un ambiente donde la Palabra es central, el Espíritu es honrado y la verdad no se negocia.

Por esta razón, cualquier instancia en la que se ore por un niño debería convertirse, más que en un acto ceremonial, en una proclamación profética de responsabilidad. No se trata de declarar bendiciones genéricas, sino de confrontar amorosamente a los padres con la magnitud de su llamado. Criar hijos bajo una mentalidad de Reino no debería ser tomado como una opción secundaria, sino como una asignación divina.

“Si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe” (1 Timoteo 5:8). Aunque el contexto inmediato se refiere a la provisión material, el principio se extiende a toda dimensión de la vida. Proveer espiritualmente es parte esencial del llamado cristiano. No hay contradicción mayor que confesar fe pública y vivir negligencia privada.

El rol pastoral, en este punto, no es el de un facilitador de ceremonias, sino el de un guardián espiritual. El pastor

debe discernir cuándo una solicitud edifica y cuándo simplemente responde a una presión cultural. En una ocasión, un pastor fue consultado por una pareja de jóvenes lesbianas sobre la posibilidad de presentar ante Dios al hijo que habían adoptado. El pastor tuvo que reunirse con ellas en privado y explicarles la situación de manera amorosa pero firme y no acceder a realizar una reunión pública exponiendo un caso como ese, como si fuera algo normal o correcto. Los pastores deben tener el valor de decir “no” cuando un “sí” comprometería la verdad. Este discernimiento no es falta de amor; por el contrario, es una expresión madura de cuidado pastoral.

Jesús mismo evitó muchas veces satisfacer expectativas populares. Multitudes lo seguían, pero Él no suavizó su mensaje para retenerlas. Cuando habló del costo del discipulado, muchos se apartaron. Sin embargo, Jesús no renegoció la verdad para mantener la asistencia. La fidelidad al Reino siempre debe prevalecer sobre la aceptación social.

Cuando una familia solicita la presentación de un niño, el pastor debería comprender que no está recibiendo simplemente una petición logística, sino una oportunidad de revelar qué tipo de Iglesia está formando. Cada respuesta pastoral comunica una teología, aun cuando no se pronuncie explícitamente. Acceder sin discernimiento comunica permisividad doctrinal; negar sin explicación comunica dureza. El Reino se manifiesta cuando la respuesta es sabia, clara y fundamentada.

En este sentido, el pastor debe preguntarse: ¿este acto glorifica a Cristo o distrae de Él? ¿Afirma la verdad del Evangelio o refuerza una tradición humana? ¿Produce compromiso o solo emoción momentánea? Estas preguntas no buscan rigidez, sino fidelidad.

Una alternativa pastoral saludable es trasladar el énfasis desde el acto público hacia el acompañamiento personal. Una oración privada con los padres, una instancia de consejería, una exhortación clara y amorosa, puede tener mucho más impacto que una ceremonia multitudinaria. Incluso, cuando se decide orar públicamente por un niño, debería hacerse con sobriedad, sin añadidos simbólicos innecesarios, sin padrinos, sin votos irreales, y con una exhortación clara que no se diluya para agradar a los presentes.

La Iglesia del Reino no necesita copiar modelos ajenos para validar su espiritualidad. No necesita rituales para demostrar sensibilidad. Necesita verdad, coherencia y valentía pastoral. Cuando estas virtudes gobiernan la práctica, la Iglesia se convierte en un entorno verdaderamente formativo, donde los niños crecen viendo una fe viva y no una religión decorada.

La práctica de la presentación de niños se vuelve especialmente problemática cuando se realiza en contextos donde los padres no viven una fe activa, o cuando los padrinos no conocen al Señor. En esos casos, la ceremonia se transforma en una representación vacía, una escenificación

religiosa sin sustancia espiritual. El pastor, al permitirlo, se convierte involuntariamente en garante de una ficción espiritual que tarde o temprano quedará expuesta.

El Reino de Dios no se edifica sobre apariencias, sino sobre verdad. Jesús fue implacable con la hipocresía, no porque le faltara amor, sino porque comprendía el daño que produce. Los niños, en particular, perciben rápidamente la incoherencia. Cuando crecen viendo una fe ceremonial que no se sostiene en la vida diaria, el resultado suele ser el rechazo, la confusión o la indiferencia espiritual en la adulterz.

Por ello, una Iglesia madura debe redefinir su manera de acompañar a las familias. Más que organizar ceremonias, debe invertir en formación. Más que ofrecer momentos emotivos, debe generar procesos. Más que prometer bendiciones simbólicas, debe enseñar principios eternos. El discipulado familiar es una de las áreas más descuidadas y, al mismo tiempo, más determinantes para el futuro de la Iglesia.

Una alternativa profundamente bíblica y pastoral es transformar la solicitud de presentación en una instancia de enseñanza y exhortación. Antes de cualquier oración, los padres deberían ser acompañados, instruidos y confrontados con la responsabilidad que están asumiendo. No se trata de exigir perfección, sino compromiso. No se trata de imponer cargas, sino de despertar conciencia.

Si la Iglesia decide orar públicamente por un niño, ese momento debería ser breve, sobrio y centrado en la exhortación a los adultos. No debería incluir padrinos inconversos, promesas simbólicas ni declaraciones que no puedan sostenerse bíblicamente. Debería quedar claro que la oración no reemplaza la responsabilidad, ni garantiza resultados automáticos. La bendición de Dios acompaña la obediencia, no la sustituye.

El pastor también debe sentirse en libertad de declinar una solicitud cuando las condiciones no son espiritualmente saludables. Esto no es rechazo, sino cuidado. A veces, la negativa pastoral abre una puerta para conversaciones profundas que jamás ocurrirían si todo se concediera sin discernimiento. Decir “no” en el momento correcto puede ser más redentor que decir “sí” por compromiso.

El Nuevo Testamento presenta una Iglesia guiada por el Espíritu, no por la presión cultural. Los apóstoles enfrentaron constantemente expectativas externas, pero permanecieron fieles a la verdad revelada. En última instancia, la pregunta no es si la presentación de niños está permitida o prohibida, sino si contribuye genuinamente a la formación de una Iglesia madura, centrada en Cristo y gobernada por principios de Reino. Cuando una práctica deja de edificar, debe ser reformulada o abandonada. La Reforma no es un evento histórico, es una actitud permanente de la Iglesia fiel.

Los niños necesitan más que ceremonias. Necesitan adultos transformados, hogares sometidos a Cristo, comunidades coherentes y líderes valientes. Necesitan ver el Evangelio encarnado, no representado. La Iglesia que entienda esto estará sembrando para generaciones futuras una fe sólida, consciente y profunda.

El Reino de Dios no avanza por rituales, sino por vida. No se transmite por actos aislados, sino por discipulado perseverante. Cuando la Iglesia abandona la dependencia de las formas y abraza la esencia del Evangelio, entonces se convierte en un entorno donde los niños no solo son bendecidos, sino verdaderamente formados.

Que los pastores que lean estas líneas tengan la valentía de revisar sus prácticas, la humildad de corregir lo que sea necesario y la convicción de que obedecer a Cristo siempre dará fruto, aunque al principio genere resistencia. Una Iglesia con parámetros de Reino no se mide por la cantidad de ceremonias que realiza, sino por la calidad espiritual de las vidas que forma.

“Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”
Hechos 5:29



Capítulo ocho

PARÁMETROS DE PRESENTACIÓN PERSONAL

“Así como el rostro se refleja en el agua, el corazón refleja a la persona tal como es.”

Proverbios 27:19 NTV

En la vida de la Iglesia existen temas que, por no estar directamente vinculados a doctrinas centrales como la salvación, la fe o la obra del Espíritu Santo, suelen considerarse secundarios. Sin embargo, la experiencia pastoral enseña que muchas de las crisis espirituales, divisiones internas y confusiones doctrinales no nacen necesariamente de errores teológicos explícitos, sino de la ausencia de formación integral en aspectos que moldean la cultura espiritual de una congregación. Uno de esos aspectos es la manera en que quienes servimos a Dios nos presentamos, no solo con nuestras palabras y actitudes, sino también con nuestra imagen exterior.

Este capítulo no surge de una preocupación estética ni de una nostalgia por prácticas religiosas del pasado.

Tampoco nace del deseo de establecer reglas externas, códigos de vestimenta o exigencias institucionales que la Escritura no impone. Surge, más bien, de una convicción pastoral profunda: el Reino de Dios se expresa también a través del criterio espiritual con el que vivimos y servimos, y ese criterio debe ser enseñado, modelado y cultivado con sabiduría.

Durante muchos años, la Iglesia, en distintos contextos, cayó en un legalismo que confundió santidad con apariencia. Se establecieron normas rígidas que pretendían definir la espiritualidad de una persona según su forma de vestir. Mujeres fueron limitadas, señaladas o disciplinadas por usar determinadas prendas, y hombres fueron obligados a adoptar una imagen externa que, en muchos casos, respondía más a una cultura religiosa que a un principio bíblico. Aquellas prácticas, lejos de producir madurez espiritual, generaron temor, hipocresía y una religiosidad basada en lo externo.

Como ministro itinerante pude ver eso en muchas congregaciones y en aquella época en la que esto era muy fuerte, yo ejercí toda la presión posible para que se produjeran cambios en la Iglesia. Hice todo lo que estaba a mi alcance, incluso soportando ciertas críticas para que la Iglesia abandonara la religiosidad ante ciertas cosas. Es por eso, que creo tener la autoridad necesaria para hablar de este tema en el manual, ante lo cual pretendo y espero ser bien entendido.

Damos gracias a Dios porque esos tiempos, en gran medida, han quedado atrás. La revelación del Nuevo Pacto nos liberó del yugo de las normas humanas, y la Iglesia volvió a afirmar con claridad que la justicia de Dios no se manifiesta por medio de la ropa, sino por la obra regeneradora de Cristo en el corazón del hombre. La salvación no se viste; se recibe por gracia, mediante la fe. La santidad no se mide por telas, sino por una vida rendida al gobierno del Espíritu Santo.

Sin embargo, toda verdad, cuando se descontextualiza o se vive sin equilibrio, puede ser malinterpretada. En la reacción legítima contra el legalismo, muchos han abandonado no solo las reglas injustas, sino también el discernimiento. La libertad, cuando deja de estar acompañada por la conciencia espiritual, corre el riesgo de transformarse en libertinaje. Y el libertinaje, aunque se disfraze de autenticidad o de autoexpresión, termina erosionando el testimonio y debilitando la reverencia en el servicio.

La Escritura afirma con claridad que donde está el Espíritu del Señor hay libertad, pero esa libertad no es sinónimo de desorden, irreverencia o falta de criterio. El Espíritu Santo no solo nos libera del pecado, sino que nos guía a toda verdad, formando en nosotros una conciencia renovada, sensible y responsable. Por eso, la verdadera libertad cristiana no elimina la responsabilidad espiritual, sino que la profundiza.

Cuando hablamos de este tema, es fundamental hacer una distinción que muchas veces se pasa por alto. No estamos hablando del visitante, del inconverso o de aquel que llega por primera vez a una reunión. La Iglesia debe seguir siendo un espacio de gracia, de puertas abiertas, donde nadie se sienta rechazado por su apariencia, su historia o su nivel de comprensión espiritual. Jesús jamás exigió un cambio externo previo para acercarse a Él; primero llamó, luego transformó. Tan solo pensar en eso sería una gran torpeza.

Este capítulo se dirige específicamente a quienes sirven, a quienes han asumido una responsabilidad dentro del cuerpo de Cristo. Ministros, pastores, líderes, servidores y todos aquellos que ejercen funciones visibles dentro de la congregación deben comprender que el servicio no es solo una tarea, sino una representación. Quien sirve en el Reino no se representa únicamente a sí mismo; representa a Cristo, a la Iglesia y al mensaje que proclama.

El apóstol Pablo escribió que ya no vivimos para nosotros mismos, sino para Aquel que murió y resucitó por nosotros. Esta verdad no se limita a las decisiones morales o doctrinales; alcanza todas las áreas de la vida. Incluso aquello que muchos consideran superficial, como la imagen externa, entra dentro de la esfera de lo que ofrecemos a Dios como servicio (**1 Corintios 10:31**).

La Biblia no establece códigos de vestimenta cristianos ni prescribe prendas específicas para el Nuevo Pacto. No encontramos en el Nuevo Testamento listas de

ropa permitida o prohibida. Pero sí encontramos principios espirituales claros que deben gobernar la conducta del creyente en todo tiempo. La Escritura habla de decoro, de modestia, de buen testimonio, de orden y de honra. Estos conceptos no son culturales ni temporales; son espirituales y permanentes.

El apóstol Pedro exhorta a los creyentes a mantener una conducta ejemplar entre los no creyentes, de modo que aun aquellos que se oponen al mensaje puedan glorificar a Dios al observar una vida coherente. La manera de vivir, y por extensión la manera de presentarse, comunica. Comunica valores, prioridades y comprensión del llamado. No se trata de impresionar, sino de no distraer. No se trata de imponer una imagen, sino de evitar que la imagen eclipse el mensaje.

Cuando observamos el Antiguo Testamento, vemos que Dios fue específico en cuanto al sacerdocio y al servicio en el tabernáculo. Aquellas instrucciones no tenían como propósito exaltar la apariencia, sino enseñar al pueblo que el servicio a Dios requería preparación, reverencia y conciencia de a quién se estaba sirviendo. Aunque hoy no estamos bajo ese sistema ni utilizamos aquellas vestiduras, el principio espiritual permanece: servir a Dios no es un acto trivial.

El Nuevo Pacto no abolió la reverencia; la trasladó del ritual externo al corazón, pero nunca la eliminó. Por eso, la gracia no nos autoriza a trivializar el servicio, ni a tratar con ligereza aquello que hacemos en el nombre del Señor. La madurez espiritual se evidencia cuando comprendemos que

no todo lo que es lícito edifica, y que no todo lo que edifica honra el contexto en el que se manifiesta.

Vestir con dignidad no es sinónimo de formalismo ni de religiosidad. Es una expresión de respeto. Respeto por Dios, respeto por la congregación y respeto por el llamado que hemos recibido. La dignidad no está ligada a marcas, estilos o modas, sino a la intención del corazón y al discernimiento espiritual con el que se elige. Una vestimenta limpia, prolíja, decorosa y adecuada al contexto del servicio comunica cuidado, responsabilidad y conciencia espiritual.

La cultura actual promueve la exaltación del cuerpo, la provocación y la irreverencia como expresiones normales de identidad. Sin embargo, el Reino de Dios nos llama a vivir conforme a valores diferentes. No por temor al juicio humano, sino por amor a la verdad y al testimonio. El apóstol Pablo exhorta a los creyentes a buscar aquello que contribuye a la paz y a la edificación mutua. Esta exhortación también alcanza la manera en que nos presentamos cuando servimos.

El problema no es la diversidad de estilos, sino la ausencia de criterio. Cuando el criterio espiritual se debilita, la cultura ocupa su lugar. Y cuando la cultura gobierna sin discernimiento, el servicio pierde peso espiritual. Por eso, el llamado pastoral no es a controlar, sino a formar conciencia. No a imponer normas, sino a enseñar principios. No a juzgar, sino a guiar con amor y ejemplo.

Cuando la Escritura habla del servicio cristiano, nunca lo presenta como una actividad liviana o meramente funcional. Servir en el Reino es una expresión visible de una realidad invisible: la obra de Cristo en nosotros. Por esa razón, todo aquel que asume una función de liderazgo o servicio dentro de la Iglesia debe comprender que su vida, en todas sus dimensiones, se convierte en un mensaje. No solo lo que predica desde un púlpito, sino lo que comunica con su conducta, su lenguaje, sus decisiones y también con la manera en que se presenta ante los demás.

El apóstol Pablo exhorta a los creyentes a ofrecer sus cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, afirmando que ese es el culto racional. Esta declaración no se limita a cuestiones morales evidentes, sino que abarca la totalidad de la vida. El cuerpo, lejos de ser irrelevante, es parte del servicio. No como objeto de exaltación ni de vergüenza, sino como instrumento consagrado al Señor. Desde esta perspectiva, la forma en que nos presentamos cuando servimos adquiere un valor espiritual que no puede ser ignorado.

Uno de los grandes desafíos del liderazgo pastoral en este tiempo es acompañar a las nuevas generaciones en la comprensión de la libertad cristiana. La libertad que Cristo nos dio no es una licencia para vivir sin límites espirituales, sino la capacidad de elegir lo que honra a Dios aun cuando no hay una norma explícita que lo exija. La madurez espiritual se manifiesta cuando el creyente no pregunta

solamente “¿esto está permitido?”, sino “¿esto edifica?”, “¿esto honra al Señor?”, “¿esto refleja el carácter de Cristo?”.

El problema surge cuando la ausencia de enseñanza produce una generación que interpreta la libertad como autonomía absoluta, desconectada de la comunidad y del testimonio. En ese contexto, la autoexpresión se convierte en el valor supremo, y cualquier exhortación pastoral es percibida como control o legalismo. Sin embargo, la Escritura nos recuerda que hemos sido llamados a la libertad, pero no para dar ocasión a la carne, sino para servirnos por amor los unos a los otros. La libertad cristiana siempre está al servicio del amor y de la edificación del cuerpo.

Cuando un servidor o líder se presenta de manera descuidada, provocativa o irreverente, aunque no exista una mala intención consciente, el mensaje que comunica puede entrar en tensión con el propósito del servicio. La atención se desplaza, el foco se corre, y aquello que debería apuntar a Cristo termina, sin quererlo, apuntando a la persona. La Iglesia no es un escenario para la exhibición personal, sino un espacio sagrado donde el centro debe ser siempre el Señor.

El liderazgo pastoral no puede desentenderse de estos procesos culturales. Callar por temor a ser malinterpretados no es una expresión de amor, sino una renuncia a la responsabilidad espiritual. Los pastores no están llamados a legislar la conciencia, pero sí a iluminarla con la verdad. La función pastoral incluye enseñar a discernir, a pensar

espiritualmente, a evaluar las decisiones cotidianas a la luz del Reino de Dios.

El apóstol Pablo, al escribir a Timoteo, exhorta a que las mujeres se atavíen con ropa decorosa, con pudor y modestia, aclarando que el verdadero adorno es una vida de buenas obras (**1 Timoteo 2:9**). Este pasaje ha sido utilizado históricamente para imponer normas externas, cuando en realidad su énfasis no está en la prenda, sino en la actitud del corazón. Pablo no está prohibiendo la belleza ni la expresión personal, sino advirtiendo contra la ostentación, la provocación y la distracción dentro del contexto del servicio y la comunión.

Este principio no es exclusivo de las mujeres ni de un género en particular. Abarca a todos aquellos que participan activamente en la vida de la Iglesia. El llamado a la modestia y al decoro es un llamado a la conciencia espiritual, no a la uniformidad. La Iglesia no necesita servidores idénticos en apariencia, pero sí servidores coherentes en espíritu.

El ejemplo sigue siendo una de las herramientas más poderosas del liderazgo. Pablo podía exhortar a otros a imitarlo porque su vida estaba alineada con el mensaje que predicaba. Cuando el liderazgo modela equilibrio, respeto y dignidad, la congregación aprende sin necesidad de imposiciones. La cultura se forma más por observación que por reglamento. Por el contrario, cuando el liderazgo descuida estos aspectos, se genera confusión y se pierde autoridad moral para exhortar.

Es importante comprender que enseñar estos principios no convierte al pastor en juez de la vestimenta de su gente. El pastor no está llamado a inspeccionar ni a corregir públicamente, sino a formar una cultura donde cada servidor aprenda a evaluarse delante de Dios. La exhortación bíblica siempre apunta a la transformación interna, no a la corrección superficial. Por eso, la enseñanza debe ser clara, firme y amorosa, evitando tanto el silencio cómplice como la imposición autoritaria.

La Iglesia del Nuevo Testamento creció en medio de culturas profundamente diversas y, en muchos casos, moralmente degradadas. Sin embargo, los apóstoles nunca propusieron una fe desconectada del testimonio público. Al contrario, insistieron en que los creyentes vivieran de manera digna del evangelio que habían recibido. Esa dignidad no era una carga, sino una consecuencia natural de haber sido alcanzados por la gracia.

Cuando el liderazgo enseña estos principios con equilibrio, se produce algo saludable: los creyentes comienzan a tomar decisiones no por miedo a la corrección, sino por amor al Señor y respeto al cuerpo de Cristo. Se desarrolla una sensibilidad espiritual que permite discernir lo apropiado de lo inapropiado sin necesidad de normas escritas. Esta es una señal clara de madurez.

En una cultura que trivializa lo sagrado y banaliza el servicio, la Iglesia está llamada a recuperar el valor de la reverencia, no como formalismo vacío, sino como conciencia

viva de la presencia de Dios. La reverencia no apaga el gozo ni la espontaneidad; les da profundidad. No limita la expresión; la ordena. No anula la diversidad; la encuadra dentro del propósito eterno.

Por eso, hablar de dignidad en la manera de vestir y presentarse no es un retroceso, sino un avance hacia una fe más consciente y responsable. Es recordar que todo lo que hacemos en el nombre del Señor tiene peso espiritual. Que nuestro llamado no se ejerce de manera individualista, sino comunitaria. Y que cada acto de servicio, por pequeño que parezca, es una oportunidad para honrar a Dios.

Cuando era un ministro evangelista, visitaba muchas congregaciones diferentes, pero en esa época un ministro no podía servir la Santa cena sin chaqueta y nadie podía predicar sin utilizar una corbata. De hecho, solía ir a lugares que, si me veían entrar sin corbata, me llevaban a la oficina pastoral, me daban una, pidiéndome que por favor la use y que terminada la reunión la devolviera. Ese era un triste disparate y no estoy sugiriendo absolutamente nada de eso, hablo de sabiduría, de criterio y de honra al Dios que representamos.

Hoy en día yo no utilizo corbatas, pero cuando deseo ponerme un traje, suelo utilizar alguna, simplemente porque no me disgusta o porque algunas camisas quedan mal sin corbata, entonces las utilizo. Sin embargo, he pasado por la experiencia de recibir comentarios irónicos y sonrisas burlonas acusándome de religioso por ponerme un traje o una corbata. Eso es lo absurdo, que salgamos de una estructura y

entremos a otra, sin llegar a comprender la libertad, el gusto personal y el equilibrio en lo que hacemos. Debemos vestirnos como se nos de la gana, pero con decoro ante el Señor. ¡Nada más!

Llegados a este punto, es necesario afirmar con claridad que la Iglesia del Reino no se edifica sobre regulaciones externas, sino sobre corazones transformados. Sin embargo, una transformación genuina siempre se manifiesta de manera visible. El evangelio no solo renueva la mente y el espíritu, sino que alcanza la totalidad de la vida. Por eso, separar lo espiritual de lo cotidiano es una de las formas más sutiles de empobrecer la fe cristiana.

El servicio a Dios no es una actividad aislada del resto de nuestra existencia. Es la expresión pública de una vida consagrada. Cada vez que un creyente sirve, enseña, lidera o ministra, está dando testimonio no solo con sus palabras, sino con su presencia. En ese sentido, la apariencia externa no define la espiritualidad, pero sí puede reflejar la conciencia con la que se ejerce el llamado.

El Nuevo Testamento insiste una y otra vez en la importancia de vivir de una manera digna del evangelio. Esta dignidad no se limita a la ética moral, sino que abarca la conducta integral. Pablo exhorta a los creyentes a no conformarse a este siglo, sino a ser transformados mediante la renovación del entendimiento. Esa renovación se expresa en decisiones concretas, visibles y coherentes con los valores del Reino.

Cuando quienes sirven a Dios adoptan sin discernimiento los patrones culturales dominantes, el mensaje del Reino corre el riesgo de diluirse. No porque la cultura sea en sí misma el problema, sino porque el creyente ha sido llamado a vivir con discernimiento, evaluando todas las cosas y reteniendo lo bueno. La madurez espiritual se evidencia cuando no todo lo que está de moda resulta automáticamente aceptable, y cuando la libertad se vive bajo el gobierno del Espíritu Santo.

En algunas reuniones en las cuales me invitan a predicar, suelo ver a jóvenes que suben a tocar sus instrumentos con shorts de baño, con gorra, con ojotas, con remeras rotas, a jovencitas con ropas que no son dignas de una plataforma cristiana. Los que me conocen, saben que estoy en el extremo opuesto a la religiosidad y el legalismo, por eso esto no me horroriza, ni me quita la unción para ministrar. Simplemente creo que debemos encontrar un sabio equilibrio en todo, porque esto que propongo no es la evidencia de mis años, sino del entendimiento de lo que implica la cultura del Reino.

Las Escrituras enseñan que todo nos es lícito, pero no todo conviene (**1 Corintios 10:23**). Esta afirmación introduce un principio fundamental para la vida cristiana: la conveniencia espiritual. No se trata solo de lo permitido, sino de lo apropiado; no solo de lo posible, sino de lo edificante. Este principio es especialmente relevante para quienes ejercen liderazgo o servicio visible en la Iglesia. La pregunta

correcta no es únicamente si algo es pecado, sino si honra el contexto del servicio y contribuye a la edificación del cuerpo.

El respeto en la manera de presentarse no nace del temor al juicio humano, sino del temor reverente a Dios. Ese temor no paraliza ni opprime, sino que ordena la vida. Es la conciencia de estar delante de un Dios santo y amoroso, digno de lo mejor. Servir con dignidad es una forma de adoración. Es reconocer que el servicio no es un acto común, sino una expresión sagrada, aunque se desarrolle en contextos cotidianos.

Los pastores, como responsables espirituales, están llamados a guiar a la Iglesia en este entendimiento. No desde la imposición, sino desde la enseñanza paciente. No desde el control, sino desde el ejemplo. El liderazgo que forma cultura no lo hace a través de reglamentos exhaustivos, sino a través de una visión clara del Reino y de una vida coherente con esa visión.

Aconsejar a los servidores a vestirse con dignidad no es un acto de juicio, sino de cuidado pastoral. Es ayudar a la comunidad a discernir entre lo decoroso y lo que no lo es, entre lo que edifica y lo que distrae, entre lo que honra y lo que trivializa. Esta enseñanza, cuando es comunicada con amor y claridad, libera a las personas de la confusión y les otorga herramientas para decidir con sabiduría.

Es importante subrayar que este enfoque no busca uniformidad ni estandarización. La diversidad es parte de la

riqueza del cuerpo de Cristo. Cada cultura, cada generación y cada contexto expresan su fe de maneras distintas. Lo que se busca no es borrar esa diversidad, sino encuadrarla dentro de principios espirituales que preserven el testimonio y la reverencia. La unidad del cuerpo no se construye sobre la igualdad externa, sino sobre valores compartidos.

Cuando una iglesia aprende a vivir estos principios, se genera un ambiente saludable. Los servidores comienzan a evaluar sus decisiones no por obligación, sino por convicción. La vestimenta deja de ser un tema de conflicto para convertirse en una expresión natural de respeto. El liderazgo deja de cargar con tensiones innecesarias, porque la comunidad ha desarrollado criterio espiritual.

En una época donde la imagen ocupa un lugar central y donde la autoexposición es constantemente incentivada, la Iglesia está llamada a ofrecer un testimonio distinto. No desde la condena, sino desde la sabiduría. No desde la rigidez, sino desde la madurez. No desde la negación de la libertad, sino desde una libertad gobernada por el amor y la conciencia.

El apóstol Pablo exhorta a que todo se haga decentemente y con orden. Esta exhortación no debe entenderse como una limitación al mover del Espíritu, sino como una protección para que ese mover se manifieste con claridad y profundidad. El orden no apaga la unción; la preserva. La decencia no limita la expresión; la dignifica.

Por eso, una Iglesia con parámetros de Reino no es aquella que impone reglas externas, sino aquella que forma discípulos capaces de discernir. Discípulos que comprenden que servir a Dios es un privilegio y una responsabilidad. Discípulos que entienden que su vida, en todas sus dimensiones, comunica el mensaje que dicen creer.

Que los pastores que trabajan bajo esta cobertura puedan guiar a sus congregaciones con este espíritu: afirmando la libertad que Cristo nos dio, pero también enseñando a vivirla con responsabilidad; celebrando la gracia, pero sin perder la reverencia; promoviendo la diversidad, pero cultivando la dignidad. Porque cuando el Reino gobierna el corazón, también ordena la manera de vivir y de servir.

“Se dice: Uno es libre de hacer lo que quiera. Es cierto, pero no todo conviene. Sí, uno es libre de hacer lo que quiera, pero no todo edifica la comunidad.”

1 Corintios 10:23 DHH



“DEL DISEÑO A LA PRÁCTICA”

“La sabiduría está con quienes oyen consejos.”

Proverbios 13:10

Al llegar al final de este segundo tomo, no he intentado entregar un conjunto de normas, fórmulas ni modelos universales que deban aplicarse mecánicamente en cada congregación. Nada de lo aquí expuesto pretende reemplazar la dirección del Espíritu Santo ni anular la responsabilidad espiritual de cada pastor delante de Dios. Por el contrario, este manual ha sido escrito con el anhelo de provocar discernimiento, reflexión y retorno al diseño del Reino.

La Iglesia de Jesucristo no fue llamada a funcionar por inercia ni a sostener estructuras heredadas sin evaluación espiritual. Cada generación está desafiada a examinar sus prácticas, sistemas y prioridades a la luz de la Palabra y de la vida del Espíritu. Por eso, todo lo desarrollado en este tomo debe ser leído,orado y discernido, no solo comprendido intelectualmente.

El Reino de Dios no se edifica sobre métodos, sino sobre vida. Los sistemas son necesarios, pero nunca deben ocupar el lugar de la unción. La organización es importante, pero jamás puede reemplazar la presencia. Cuando el orden sirve a la vida, la Iglesia crece sana; cuando la vida es

sacrificada en el altar de la estructura, el Reino se debilita, aunque la actividad aumente.

Como pastores y líderes, estamos llamados a guardar lo más sagrado que Dios nos confió: la vida espiritual del rebaño y la nuestra propia. Ninguna agenda, ningún programa, ningún modelo exitoso justifica perder la sensibilidad al Espíritu Santo. El desafío permanente no es hacer más, sino permanecer en Cristo; no es sostener sistemas, sino manifestar el Reino.

Este segundo tomo nos confronta con una pregunta central que cada pastor debe responder delante del Señor: ¿Estoy pastoreando personas o sosteniendo estructuras? La respuesta a esta pregunta determinará no solo la salud de la congregación, sino también la profundidad del fruto que permanecerá en el tiempo.

No todos los ajustes se realizan de manera inmediata, ni todos los cambios deben ejecutarse de forma abrupta. La sabiduría pastoral requiere tiempos, procesos y acompañamiento. Sin embargo, ignorar las advertencias del Espíritu por comodidad, temor o presión emocional suele tener un costo alto, tanto para los líderes como para la Iglesia.

Por eso, este cierre no es una conclusión, sino una invitación. Una invitación a volver al centro, a revisar prácticas, a ordenar prioridades y a permitir que el Espíritu Santo gobierne cada área de la vida congregacional. Una invitación a pastorear desde la vida, no desde la exigencia;

desde la libertad, no desde la presión; desde el Reino, no desde el sistema.

Mi oración como cobertura apostólica es que cada pastor que camina bajo esta gracia ejerza su ministerio con libertad, discernimiento y temor de Dios. Que las iglesias sean espacios donde la vida de Cristo fluya con poder, donde los discípulos crezcan sanos, donde los colaboradores sirvan con gozo y donde el liderazgo refleje el carácter del Buen Pastor.

Que todo lo que hagamos, pensemos y construyamos esté al servicio de la vida del Reino. Y que, en cada decisión pastoral, podamos oír con claridad la voz del Espíritu diciendo: “Este es el camino, andad por él”

***“El temor del Señor imparte sabiduría;
la humildad precede a la honra.”***

Proverbios 15:33



Oración Final:

Padre eterno, nos presentamos delante de Ti con un corazón humilde y agradecido. Reconocemos que la Iglesia es Tuya, que el llamado pastoral proviene de Ti y que nada de lo que edificamos tiene valor eterno si no nace de Tu Espíritu...

Te damos gracias por la gracia recibida, por la vida que has depositado en nosotros y por el privilegio de servir a Tu pueblo. Perdónanos, Señor, si en algún momento hemos permitido que los sistemas ocupen el lugar de la vida, si hemos priorizado la actividad por encima de la comunión contigo, o si hemos cargado a Tu Iglesia con pesos que Tú nunca ordenaste...

Renovamos hoy nuestro compromiso de pastorear conforme a Tu corazón. Danos discernimiento para distinguir entre lo esencial y lo accesorio, entre lo que edifica el Reino y lo que solo satisface demandas pasajeras. Enséñanos a cuidar la unción, a proteger la vida espiritual del rebaño y a caminar sensibles a la dirección del Espíritu Santo...

Guarda nuestro corazón, nuestra casa y nuestro matrimonio. Libranos del agotamiento, de la presión indebida y de la tentación de medir el éxito con parámetros humanos. Que nuestro servicio fluya del amor y no de la obligación; de la revelación y no de la rutina; de la vida y no del activismo...

Te pedimos que cada iglesia bajo esta cobertura sea un espacio de sanidad, de verdad y de libertad. Que los

discípulos sean formados en Cristo, que los colaboradores sirvan con gozo y que el liderazgo refleje el carácter del Buen Pastor...

Que todo lo que hagamos glorifique Tu nombre, edifique a Tu pueblo y manifieste el Reino de Dios en la tierra.

Nos rendimos nuevamente a Tu gobierno y declaramos que dependemos de Ti en todo...

En el nombre de Jesucristo, el Señor de la Iglesia. ¡Amén!



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Osvaldo Rebolledo



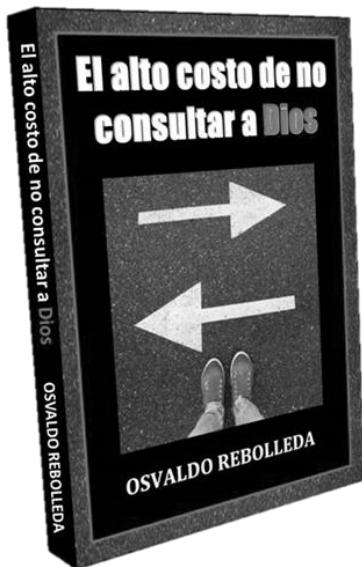
El Pastor y maestro Osvaldo Rebolledo hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Osvaldo Rebolledo es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.**

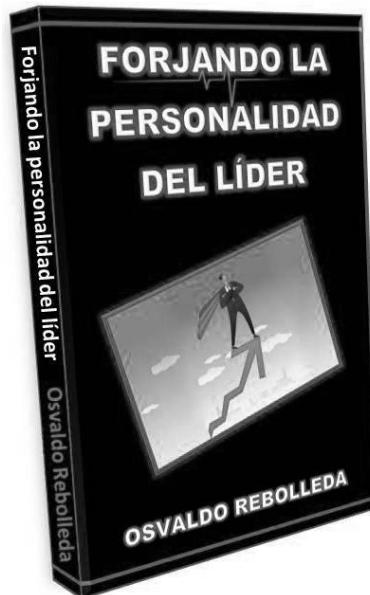
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolledo.com

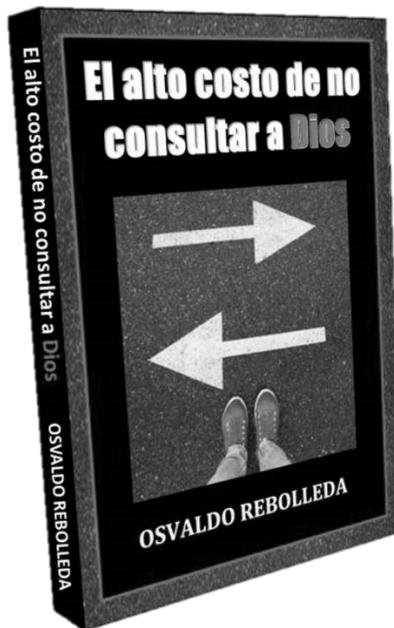


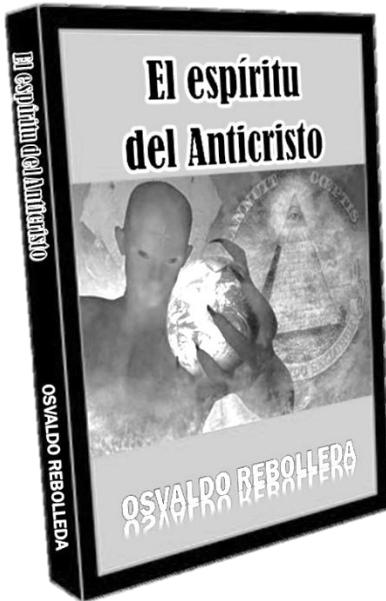
www.osvaldorebolleda.com



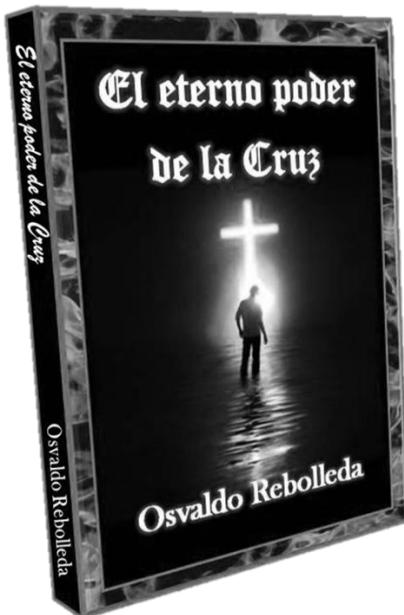
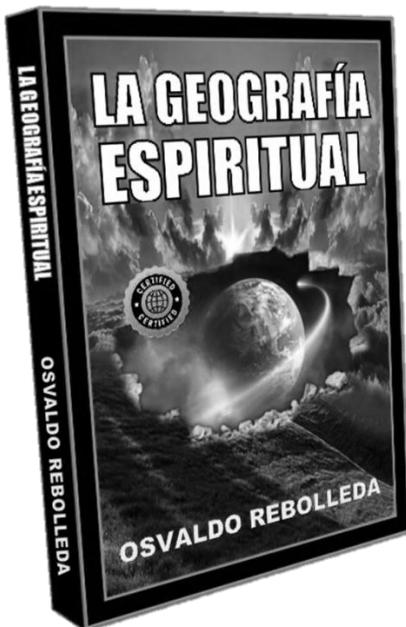


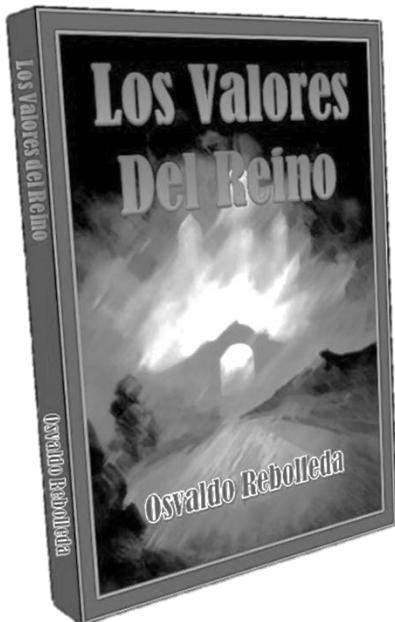
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

